

De repente en lo profundo del bosque

Amos Oz De repente en lo profundo del bosque Traducción del hebreo de Raquel García Lozano Nuevos Tiempos Ediciones Siruela Título original: pit'om be'omek baya'ar En cubierta: Fotografía de © Stuart Franklin, Malasia 1997 Diseño gráfico: Gloria Gauger © Amos Oz, 2005 © De la traducción, Raquel García Lozano © Ediciones Siruela, S. A., 2006 c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid Tel.: 91 355 57 20 Fax: 91 355 22 01

Printed and made in Spain

Para mis queridos y asombrosos Din, Nadav, Alon y Yael, que me ayudaron a contar esta historia y le aportaron algunas ideas y sorpresas.

Amos Oz

1

La maestra Emmanuela explicó a la clase qué aspecto tiene un oso, cómo respiran los peces y qué sonidos emite la hiena por la noche. También colgó en la clase fotografías de animales. Casi todos los niños se burlaban de ella, porque en su vida habían visto un animal. La mayoría de los niños no se creía del todo que en el mundo existiesen esas criaturas. Al menos, no cerca de donde nosotros vivimos. Y además, decían, la maestra todavía no ha conseguido encontrar en todo el pueblo a nadie que quiera ser su pareja, y por eso, decían, tiene la cabeza llena de lobos, gorriones y todo tipo de fantasías que las personas sin pareja se inventan llevadas por la soledad.

Sólo el pequeño Nimi, debido a las explicaciones de la maestra Emmanuela, empezó a soñar por las noches con animales. Casi toda la clase se reía de él cuando lo primero que hacía por la mañana era contar cómo sus zapatos marrones, alineados delante de su cama, se habían convertido en la oscuridad en dos erizos que habían estado durante toda la noche arrastrándose por la habitación, pero por la mañana, al abrir los ojos, habían vuelto a ser de pronto un par de zapatos debajo de la cama. En otra ocasión, llegaron murciélagos negros a medianoche, le montaron sobre sus alas, atravesaron con él las paredes de la casa, sobrevolaron el pueblo, las montañas y los bosques y lo condujeron a un palacio encantado.

Nimi era un niño un poco despistado y casi siempre le moqueaba la nariz. Además, tenía los dos dientes incisivos hacia fuera y con un gran espacio entre ellos. Los niños llamaban a ese espacio «pozo de basura».

Cada mañana, Nimi llegaba a clase y empezaba a contarles a todos un nuevo sueño, y

cada mañana le decían:

- Qué plasta, cierra de una vez tu pozo de basura.

Y cuando no se callaba, se metían con él. Pero Nimi, en vez de sentirse herido, se unía a sus burlas. Aspiraba, se tragaba los mocos y, con una especie de alegría desbordada, empezaba a llamarse a sí mismo con los moteos ofensivos que le habían puesto los niños: pozo de basura, soñador, zapato-erizo.

Maya, la hija de Lilia la panadera, que se sentaba en clase detrás de él, le susurró varias veces:

- Nimi, escucha. Sueña todo lo que quieras, con animales, con chicas, pero cállate. No lo cuentes. No te conviene.

Mati le dijo a Maya:

- No lo entiendes, Nimi sueña sólo para contarlo. Y, además, sus sueños tampoco cesan cuando se despierta por la mañana.

Todo divertía a Nimi y todo le hacía gracia: la taza rajada en la cocina y la luna llena en el cielo, el collar de la maestra Emmanuela y los dientes que sobresalían de su boca, los botones que había olvidado abrocharse y el rugido del viento en el bosque, todo lo que

existía y todo lo que ocurría le parecía gracioso a Nimi. En todo encontraba una razón para partirse de risa.

Hasta que un día huyó de la clase y del pueblo y se adentró solo en el bosque. Casi toda la gente del pueblo le estuvo buscando durante dos o tres días. Durante siete o diez días más le estuvieron buscando los guardas. Luego sólo siguieron buscándolo sus padres y su hermana.

Volvió al cabo de tres semanas, delgado, sucio, arañado y magullado, pero relinchando de entusiasmo y alegría. Y desde entonces, el pequeño Nimi continuó relinchando y no volvió a hablar: no dijo ni una palabra desde que volvió del bosque, sólo deambulaba descalzo y harapiento por las calles del pueblo, moqueando, enseñando los dientes y el pozo que tenía en medio, correteando entre los patios traseros, trepando a los árboles y a los postes, y relinchando todo el rato mientras el ojo derecho le lloraba sin cesar por culpa de su alergia.

Era totalmente imposible hacerle volver al colegio a causa de la relinchitis. Al salir de clase, los niños relinchaban a propósito para hacerle relinchar a él. Le llamaban Nimi el potro. El médico confiaba en que se le pasaría con el tiempo: tal vez allí, en el bosque, se había tropezado con algo que le había asustado o impresionado, y ahora tenía relinchitis.

Maya le dijo a Mati:

- ¿No crees que tú y yo deberíamos hacer algo? ¿Que deberíamos intentar ayudarlo? Y

Mati le contestó:

- Déjalo, Maya. Pronto se cansarán. Pronto se olvidarán de él.

Cuando los niños le echaban con burlas y arrojándole piñas y cáscaras, el pequeño Nimi escapaba relinchando. Trepaba a las ramas del árbol más cercano y desde allí, desde la copa, volvía a relincharles con un ojo lloroso y unos exagerados dientes incisivos. Y a veces desde el pueblo, incluso a mitad de la noche, parecía oírse a lo lejos el eco de sus relinchos en la oscuridad.

2

El pueblo era gris y triste. Estaba rodeado de montañas y bosques, nubes y viento. No había otros pueblos por los alrededores. Casi nunca venía nadie a este pueblo y los caminantes no lo visitaban. Unas treinta o cuarenta casas pequeñas estaban diseminadas por la ladera de un valle cerrado, rodeado por todas partes de montañas escarpadas. Sólo por el oeste había una estrecha apertura entre las montañas, y por esa apertura pasaba el único camino que llegaba al pueblo; pero no iba más allá, porque no había más allá: aquí se terminaba el mundo.

De tarde en tarde llegaba algún artesano errante o algún vendedor ambulante, y a veces algún mendigo desorientado. Pero nadie se quedaba más de dos noches, porque el pueblo estaba maldito: un extraño silencio reinaba siempre en él, ninguna vaca mugía, ningún burro rebuznaba, ningún pájaro trinaba, ninguna bandada de ocas atravesaba el cielo vacío, y tampoco los aldeanos hablaban mucho entre ellos, sólo decían lo imprescindible. Lo único que se oía constantemente era el sonido del río, día y noche, porque un

caudaloso río se deslizaba entre los bosques de las montañas. Dejando espuma blanca en las orillas pasaba ese río a lo largo del pueblo, efervescente, burbujeante, haciendo un ruido que parecía un ligero lamento, para surgir y ocultarse después entre las sinuosidades de los valles y los bosques.

3

Por las noches el silencio era aún más negro y denso que durante el día: ningún perro estiraba el cuello ni echaba hacia atrás las orejas para aullarle a la luna, ningún lobo gemía en el bosque, ningún ave nocturna ululaba, ningún grillo cantaba, ninguna rana croaba, ningún gallo cacareaba al amanecer. Hacía ya muchos años que todos los animales habían desaparecido de este pueblo y sus alrededores, vacas, caballos y ovejas, ocas, gatos y gorriones, perros, arañas y conejos. Ni un solo jilguero vivía aquí. Ni un solo pez quedaba en el río. Las cigüeñas y las golondrinas rodeaban el estrecho valle en sus viajes migratorios. Ni siquiera insectos o reptiles, ni siquiera abejas, moscas, hormigas, gusanos, mosquitos o polillas se veían desde hacía muchos años. Los mayores, que aún se acordaban, normalmente preferían callar. Negar. Hacer como que habían olvidado.

Hace años vivían en el pueblo siete cazadores y cuatro pescadores. Pero cuando el río se quedó sin peces, cuando todos los animales se fueron lejos, también los pescadores y los cazadores emigraron de aquí y se marcharon a otros lugares que no hubiesen sido alcanzados por la maldición. Tan sólo un pescador, un anciano solitario llamado Almón, permanece en el pueblo. Vive en una pequeña cabaña al lado del río y discute largo y tendido consigo mismo mientras se prepara un guiso de patatas. La gente del pueblo aún le sigue llamando Almón el pescador, aunque hace tiempo que dejó de ser pescador y

ahora se dedica a trabajar la tierra: durante el día, Almón cultiva verduras y tubérculos en esponjosos bancales y también se ocupa de veinte o treinta árboles frutales en la ladera de la colina.

Puso incluso un pequeño espantapájaros entre sus bancales, porque creía que tal vez una noche volverían todos los pájaros, y con ellos los demás animales que habían desaparecido. También con ese espantapájaros discute a veces largo y tendido. Se enfada, le suplica, le regaña y se desespera completamente. Luego va a por una vieja silla, se sienta frente al espantapájaros y, con una paciencia infinita, intenta convencerle o al menos hacer que cambie un poco sus tercas opiniones.

Al atardecer, en los días despejados, Almón el pescador suele sentarse en su silla al borde del río, ponerse unas viejas gafas que le resbalan por la nariz hacia su canoso y espeso bigote y leer libros. O se sienta y escribe y tacha líneas y líneas en su cuaderno mientras murmura todo tipo de quejas, opiniones y razonamientos. A lo largo de los años ha aprendido a tallar en madera, por las noches, a la luz de una lámpara, multitud de formas de preciosos animales, así como de criaturas desconocidas imaginadas por él o que se le han aparecido en sueños. Almón reparte esas criaturas talladas en madera entre los niños del pueblo: Mati recibió de él una gata hecha con una piña y unas crías labradas en madera de nogal. Al pequeño Nimi le talló una ardilla, y a Maya le hizo dos golondrinas con el cuello estirado y las alas desplegadas y listas para volar.

Sólo por esas figurillas, así como por los dibujos que hacía la maestra Emmanuela en la pizarra, sabían los niños cómo era un perro, un gato, una mariposa, un pez, un pollo, una cabra o un ternero. La maestra Emmanuela también enseñó a algunos de los niños a imitar los sonidos de los animales, unos sonidos que los adultos del pueblo seguro que aún

recordaban de cuando eran pequeños, de antes de que las criaturas desapareciesen, pero que los niños no habían oído jamás en la vida.

Maya y Mati casi sabían algo que les estaba prohibido saber. Y los dos tenían mucho cuidado de que nadie sospechase que tal vez sabían o que casi sabían. A veces se encontraban a escondidas detrás de un establo abandonado, y allí hablaban en voz baja un cuarto de hora más o menos y luego se alejaban por caminos diferentes. De todos los adultos del pueblo había sólo uno en quien tal vez podían confiar. O no: Mati y Maya habían estado a punto varias veces de contarle su secreto a Danir el tejero (el que arregla tejados), que en ocasiones, al atardecer, bromeaba en voz alta con sus jóvenes amigos en la plaza del pueblo sobre cosas que los niños no podían oír. Y cuando bebía vino con sus amigos, incluso hablaba entre risas de un caballo, de una cabra y de un perro que tenía intención de traer desde alguno de los pueblos del valle.

¿Qué pasaría si le contasen su secreto a Danir el tejero? ¿O si se lo contasen al viejo Almón? ¿Y qué ocurriría si un día se atreviesen a adentrarse un poco en la oscuridad del bosque para intentar comprobar hasta qué punto su secreto era real o una mera fantasía, un sueño fugaz propio quizás de Nimi el potro pero no de ellos?

Mientras tanto esperaron, sin saber en realidad a qué esperaban. Un día, al atardecer, Mati se atrevió a preguntar a su padre por qué habían desaparecido los animales. El padre no contestó enseguida. Se levantó del banco de la cocina, caminó un rato de una pared a otra y a continuación se detuvo y puso las manos sobre los hombros de Mati. Pero en lugar de mirar a su hijo, el padre clavó la vista en una calva oscura de la pared, encima de la puerta, en el lugar donde se había caído el yeso por la humedad, y dijo lo siguiente:

- Mira, Mati. El asunto es el siguiente. Una vez ocurrieron aquí todo tipo de cosas de las que no podemos sentirnos orgullosos. Pero no todos somos culpables. Lo cierto es que no todos somos culpables en la misma medida. Además, ¿quién eres tú para juzgarnos? Aún eres pequeño. No debes juzgarnos. No tienes ningún derecho a juzgar a los adultos. Y además, ¿quién te ha contado que aquí hubo alguna vez animales? Tal vez los hubo. Y tal vez no los hubo nunca. Ha pasado mucho tiempo. Lo hemos olvidado, Mati. Lo hemos olvidado y punto. Déjalo ya. ¿A quién le quedan fuerzas para recordar? Ahora baja al sótano, trae unas pocas patatas y deja ya de hablar sin parar.

Y cuando Mati se levantó y se dispuso a abandonar la habitación, su padre añadió:

- Escucha una cosa, nunca hemos tenido esta conversación. Jamás hemos hablado de esto. ¿De acuerdo?

Casi todos los demás padres preferían negarlo. O evitar ese tema en silencio. No hablar nunca de ello. Sobre todo no hacerlo en presencia de los niños.

Silencioso y triste vivía el pueblo su sencilla vida: cada día los hombres y las mujeres iban a trabajar al campo, a los viñedos y a las plantaciones de frutales, y al atardecer volvían cansados a sus pequeñas casas. Los niños del pueblo iban cada mañana a estudiar al colegio. Por la tarde jugaban en los patios vacíos, deambulaban por los establos abandonados y los gallineros desolados, trepaban a los palomares desiertos o a las ramas de los árboles en las que no anidaba ningún pájaro.

Cada día, al atardecer, si no llovía, Solina la modista sacaba a su marido inválido a dar un paseo por las callejuelas del pueblo. Guinom, el inválido, había encogido tanto con los años que Solina podía acostar a su marido sin ninguna dificultad en un viejo carrito de niño y llevarlo hasta la ribera del río.

Durante todo el camino, a la ida y a la vuelta, Guinom emitía entre sus pañales un ligero balido lloroso, porque la enfermedad del olvido le hacía creer que era una cabra. Solina se inclinaba sobre él y le cantaba con su voz turbia y cálida: «Duérmete niño, duérmete ya, duérmete niño, duérmete ya».

A veces, el pequeño Nimi, con el pelo revuelto y sucio, la ropa hecha jirones, la nariz moqueando y el ojo lloroso, pasaba por delante de ellos corriendo, resoplando, les saludaba desde lejos con la mano y les lanzaba dos o tres relinchos largos y desenfrenados. El inválido dejaba al instante de balar, sonreía con placer infantil y volvía la cabeza para escuchar.

Solina acariciaba suavemente con una mano el poco pelo canoso que aún quedaba en la cabeza de su marido, y con la otra seguía empujando el carrito de niño, cuyas antiguas ruedas chirriaban camino abajo.

A veces, en las largas tardes de verano, Danir el tejero, el que construía y arreglaba tejados, y sus dos ayudantes se sentaban a descansar después de su jornada de trabajo en la balaustrada de piedra que estaba en la plaza del pueblo, bebían cerveza en gruesos vasos de cristal y comenzaban a cantar. Otros chicos y chicas se reunían en la plaza de piedra y cantaban con ellos, jugaban a juegos de ingenio, o conversaban y discutían en voz baja. A menudo se echaban a reír. Los niños del pueblo les escuchaban y observaban a hurtadillas desde detrás de las tapias, porque a veces los chicos y las chicas hablaban y hasta bromeaban de cosas que los niños no podían oír, como, por ejemplo, de otros pueblos que estaban lejos, abajo, en el valle, o de cómo era la vida amorosa de los conejos y los maullidos de los gatos en celo. A veces Danir el tejero lanzaba una carcajada tan profunda y ronca como una avalancha de piedras y de repente prometía que pronto, la semana siguiente, el mes siguiente, bajaría con sus ayudantes a los valles lejanos y no volverían de allí a pie, sino en una caravana de carros tirados por caballos y cargados con cien especies de aves, peces, insectos y demás animales, e irían repartiéndolos por las casas y los patios y liberarían peces vivos en las aguas de nuestro río, para que todo volviera a ser como antes de aquella noche maldita, y se acabó. Al oír esas palabras, todo el grupo se callaba y se quedaba pasmado: lo que decía Danir no divertía al grupo, sino que hacía caer una súbita sombra sobre la plaza.

Esos encuentros al atardecer, las reuniones del grupo de Danir el tejero al final del día en la plaza empedrada con viejos adoquines, eran de hecho los únicos momentos de alegría en la vida del pueblo. Pues, poco después de que se pusiese el sol, el grupo se dispersaba rápidamente y cada uno se iba a su casa. En un instante la plaza se quedaba vacía y sólo la

sombra permanecía allí.

Después, al caer la noche, todas las casas se cerraban y sellaban con cerrojos y contraventanas de hierro. Nadie salía de casa después de caer la noche. A las diez todas las luces se iban apagando una tras otra en las ventanas de las pequeñas casas. Sólo en la cabaña de Almón el pescador, que estaba al final del pueblo, se apreciaba a veces la luz de un flexo. A medianoche también su ventana se quedaba a oscuras.

Oscuridad y silencio reptaban desde lo profundo del bosque y se tendían sobre las casas cerradas y los jardines abandonados. Masas de sombras temblaban por los caminos del pueblo. Vientos fríos llegaban de vez en cuando desde la montaña y sacudían las copas de los árboles y los arbustos. El río se agitaba durante toda la noche y corría ladera abajo, espumoso y burbujeante, atravesando la oscuridad.

5

Y es que un inmenso miedo se apoderaba del pueblo por las noches.

Noche tras noche, las calles pertenecían a Nehi, el diablo de la montaña. Noche tras noche, eso contaban algunos padres a sus hijos en voz baja detrás de las contraventanas de hierro cerradas, noche tras noche, Nehi, el diablo de la montaña, bajaba de su palacio negro, que estaba más allá de las cordilleras y los bosques, y pasaba por entre las casas como un espíritu maligno en busca de algún signo de vida, y si por casualidad encontraba una langosta perdida o una luciérnaga solitaria, arrastrada hasta allí por los vientos invernales, o incluso un escarabajo o una hormiga, cualquier ser vivo, extendía

rápidamente su manto negro y lo envolvía y aprisionaba, y antes de la salida del sol echaba a volar y volvía a su terrorífico palacio, más allá de los últimos bosques situados en las cimas de las montañas siempre cubiertas de nubes.

Eso contaban los padres a sus hijos en voz baja, aunque luego los tranquilizaban diciéndoles en otro tono que, en realidad, todo aquello no eran más que leyendas. Pero, a pesar de todo, nadie salía jamás de casa después de caer la noche. «Porque la oscuridad», decían los padres, «está llena de cosas con las que es mejor no toparse».

Maya, la única hija de Lilia, la panadera viuda, que era una niña muy testaruda, no quería oír aquellas historias y no estaba dispuesta a creer en cosas que nadie había visto. En más de una ocasión se había dirigido a su madre con insolencia: a todas las historias tenebrosas que ésta le contaba, Maya las llamaba chismes y tonterías.

- Todo este pueblo está un poco loco, mamá, y tú un poco más aún -decía a veces Maya.

- Tal vez sea mejor que pienses eso -decía Lilia-. Tal vez sea cierto que existe aquí una vieja locura. Y tú, Maya, es mejor que simplemente no sepas nada de esto. Nada de nada. Quien no sabe no puede ser considerado culpable. Y tampoco puede contagiarse.

- ¿Contagiarse de qué, mamá?

- De cosas malas, Maya. De cosas nada buenas. Y basta ya. ¿Por casualidad no habrás visto mi pañuelo por alguna parte, el marrón? ¿Y cuándo vas a dejar de una vez de garabatear

en el hule? Mil veces te he pedido que no lo hagas. Pues entonces no lo hagas. Basta ya. Se acabó.

Una noche, Maya esperó pacientemente debajo de la gruesa manta a que su madre se durmiera. Cuando su madre se durmió, Maya se levantó y miró por la ventana sin encender ninguna luz. Permaneció junto a la ventana casi hasta el amanecer, envuelta en su gruesa manta para protegerse del frío, y no vio pasar ninguna figura ni oyó ningún ruido, excepto una vez que le pareció oír tres calles más allá el triste relincho de Nimi el potro, que se había convertido en un niño del exterior y ante el cual todas las puertas del pueblo se cerraban, porque había contraído la relinchitis. Pero enseguida se calló. A la luz de la media luna, que despuntaba de cuando en cuando entre las nubes, Maya vio claramente el grupo de árboles negros que se apiñaban al otro lado de la calle, detrás de unas ruinas.

Y como esa noche en vela era demasiado larga, esperó el momento en que la luna despuntaba, sólo un instante, entre una nube y otra, y consiguió contar ocho arboles. Al cabo de una hora o dos, cuando la luna salió de nuevo, los volvió a contar y resultó que eran nueve. Cuando hubo luz otra vez volvió a contarlos y seguía habiendo exactamente nueve árboles. Pero al amanecer, cuando las laderas de las montañas empezaron a palidecer al ser tocadas por las primeras luces, Maya decidió contar otra vez, la última, aquellos árboles, y de pronto volvía a haber sólo ocho.

El mismo resultado obtuvo al contarlos a la mañana siguiente, a plena luz del día, cuando decidió acercarse en persona a las ruinas y comprobarlo de cerca: justo ocho árboles. Para asegurarse, Maya fue pasando de árbol en árbol, tocando el tronco de cada uno y contándolos en voz baja, dos veces, de uno a ocho. No había un noveno árbol. ¿Se habría

confundido por la noche? ¿Debido al cansancio? ¿Debido a la oscuridad?

Maya no le contó nada sobre el noveno árbol a su madre, Lilia, la panadera viuda, ni a sus amigas, ni tampoco a la maestra Emmanuela. Sólo se lo contó a Mati, porque Mati compartía con ella en secreto el plan que llevaba ya varios meses rondándole por la cabeza. Mati escuchó la historia de Maya sobre el noveno árbol, pero no reaccionó de inmediato, se quedó un rato pensando, y al final le dijo que una noche él también se quedaría despierto, esperaría con paciencia a que sus padres y sus hermanas se durmiesen y entonces se levantaría y se acercaría a hurtadillas al grupo de árboles que se encontraba detrás de las ruinas. Se quedaría allí toda la noche, no se dormiría ni un instante, no les quitaría el ojo de encima, los contaría y comprobaría si a alguna de las horas más oscuras brotaba allí algo, árbol o no, algo que desapareciera y se desvaneciera unos instantes antes de las primeras luces del día.

6

Todo había comenzado hacía muchos años, antes de que los niños del pueblo nacieran, en un tiempo en que incluso sus padres no eran más que unos niños: en una sola noche, una noche lluviosa de invierno, desaparecieron todos los animales, mamíferos, aves, peces, reptiles, y al día siguiente por la mañana sólo quedaban en el pueblo los vecinos y sus hijos. Emmanuela, que por aquel entonces tenía diez años, se pasó semanas y semanas llorando de nostalgia por Tima, su gata moteada, que había parido tres cachorros, dos moteados como ella y uno color crema y travieso al que le gustaba disfrazarse de calcetín enrollado y esconderse dentro de una bota. Aquella terrible noche la gata y sus crías desaparecieron, dejando tras ellas una caja de zapatos forrada y vacía debajo del armario. A la mañana siguiente, Emmanuela sólo encontró en esa caja un pequeño ovillo de pelo de gato, dos pelos de los bigotes y un olor agrisado a crías cálidas, a lametones y a leche.

Algunos de los ancianos del pueblo estaban dispuestos a jurar que aquella noche habían visto por las rendijas de las contraventanas cómo la sombra de Nehi el demonio pasaba por las calles del pueblo seguida en la oscuridad por una larga procesión de sombras. A esa caravana se unieron todos los animales de todos los patios, de todos los gallineros, corrales, cercados, cuadras, chamizos, palomares y establos, multitud de sombras grandes y pequeñas, el bosque se los tragó a todos y por la mañana el pueblo estaba vacío. Al día siguiente sólo quedaban sus habitantes.

Durante muchos días la gente evitó mirarse a los ojos. Tenían miedo. O desconcierto. O vergüenza. Desde entonces casi nadie ha vuelto a hablar de todo aquello. Ni bien ni mal. Ni una palabra. De hecho, a veces incluso olvidan por qué prefieren olvidar. Sin embargo todos recuerdan perfectamente, en silencio, que es mejor para ellos no recordar. Y hay una especie de necesidad de negarlo todo, de negar hasta el propio silencio, y de burlarse de quien, a pesar de todo, recuerda: que se calle. Que no hable.

Solina la modista, que antes era pastora y criaba pájaros, perdió aquella noche un rebaño de cabras, un gallinero y una bandada de ocas, así como una pequeña jaula, que al amanecer estaba vacía, sin ningún gorrión. Guinom el herrero, su marido, desapareció al día siguiente, y lo encontraron una semana más tarde, congelado y tiritando de frío, entre los árboles del bosque, tal vez porque se había armado de valor y había salido a buscar su rebaño de cabras y sus aves domésticas perdidas. Cuando Solina, su mujer, y los ancianos del pueblo le interrogaron para tratar de sonsacarle lo que había visto, no consiguieron arrancarle más palabras que «Nehi» y «lamento». Así comenzó la enfermedad del olvido de Guinom, durante la cual su cuerpo empezó a encogerse, a arrugarse y a encorvarse hasta que cupo en el viejo carrito de niño y él mismo empezó a considerarse un cordero. O una cabra.

Hace muchos años, Almón, el viejo pescador, hizo en su cuaderno una relación detallada de los acontecimientos de aquella noche. Entre otras cosas, Almón escribió que la última tarde, poco antes de anochecer, sacó su red del río y encontró nueve peces vivos. Decidió dejar aquellos peces hasta el día siguiente en un frasco lleno de agua junto al umbral de su casa, para ponerlos a la venta por la mañana. Y resulta que, cuando se levantó, el frasco aún seguía lleno de agua pero no tenía peces.

Esa misma noche también desapareció para siempre Zito, el perro fiel de Almón, un perro sensible pero lógico como un reloj, un perro tranquilo que tenía una oreja marrón y blanca y la otra totalmente marrón. Cada vez que intentaba concentrarse para comprender lo que ocurría a su alrededor, el perro echaba las orejas hacia delante hasta llegar a juntarlas. Cuando apretaba así las orejas, se mostraba serio y hasta sabio y reflexivo, y por un instante parecía un aplicado investigador que, concentrándose con todas sus fuerzas y exprimiéndose el cerebro, estuviese a punto de conseguir descifrar alguno de los misterios de la ciencia.

A veces Zito, el perro de Almón el pescador, era capaz de leer los pensamientos de su amo. Ese perro podía adivinar los pensamientos de su dueño antes incluso de que hubieran surgido en su cabeza: de repente se levantaba de su sitio enfrente de la estufa, atravesaba la habitación y se plantaba con decisión delante de la puerta, menos de medio minuto antes de que Almón mirara el reloj de pared y decidiera que había llegado el momento de acercarse a la orilla del río. Otras veces se abalanzaba sobre Almón y le lamía la cara con su cálida lengua, le lamía con amor y ternura para consolarle por algún pensamiento triste que iba a ocupar la mente de su amo un minuto o dos más tarde.

Con todos los años que han pasado desde aquella noche, el viejo pescador aún no ha sido capaz de asumir la pérdida del perro: los dos estaban unidos por un amor lleno de ternura, desvelo y lealtad. ¿Era posible que el perro hubiese olvidado de pronto a su amo? ¿O acaso le había ocurrido alguna desgracia? Si Zito estuviese vivo, sin ninguna duda ya se habría liberado, habría escapado de quien lo tuviese secuestrado y habría encontrado el camino de vuelta a casa. En ocasiones, a Almón le parecía que desde la lejanía, desde el corazón del bosque, le llegaba el eco tenue de un ligero lamento que le llamaba y le decía ven, ven tú también, no tengas miedo.

Además de Zito, también desaparecieron esa noche una pareja de pequeños jilgueros que le cantaban a Almón el pescador desde un nido que estaba sobre una rama que arañaba ligeramente su ventana cada vez que soplabla el viento. Y desapareció la carcoma que acompañaba el sueño de Almón por las noches con una ebullición silenciosa, y que no dejaba ni un instante de excavar túneles en los bordes de los viejos muebles de su casa. Incluso aquella carcoma se calló para siempre después de esa noche.

Durante muchos años, el pescador estuvo durmiéndose cada noche con el sonido de la masticación subversiva de la carcoma en el vientre de los muebles. Por eso, desde aquella noche, le cuesta trabajo conciliar el sueño: es como si un profundo silencio se burlara de él en la oscuridad. Así pues, Almón el pescador permanece siempre hasta medianoche junto a la mesa de la cocina recordando cómo tiempo atrás, a esa misma hora, llegaba desde el bosque y se filtraba por las contraventanas cerradas el lastimoso lamento de los zorros, y cómo, desde el pueblo, los perros de los patios respondían a los zorros del bosque con ladridos furiosos que acababan convirtiéndose también en un gemido. En momentos así, su querido perro solía acercarse a él, poner su cálida cabeza sobre sus piernas, levantar la vista y lanzarle una mirada de profunda comprensión, una mirada que irradiaba un brillo silencioso de compasión, amor y tristeza. Entonces Almón le decía:

- Gracias, Zito. Vale. Ya casi se me ha pasado.

Así permanecía el hombre pensando solo en el silencio de la noche, añorando a su perro, añorando los jilgueros, los peces del río y hasta la carcoma, escribiendo, tachando y oyendo a veces a lo lejos el tenue sonido de Nimi, el niño que correteaba solo en la oscuridad entre los patios lanzando relinchos que de lejos parecían un lamento. En momentos así, Almón el pescador empezaba a reñir a su lapicero, a discutir en voz alta con la estufa, o a pasar las hojas de su cuaderno para intentar acallar un poco el hormigueo de la noche y el susurro del río.

Entre otras cosas, Almón escribió en su cuaderno que, sin todos los seres vivos, hasta las noches más claras de verano le parecían a veces como cubiertas por una niebla turbia, una niebla que lo envolvía todo y que casi enterraba debajo el pueblo, el corazón y el bosque. La bruma de las noches de verano, eso escribió el pescador en su cuaderno, no es esponjosa y ligera como los vapores del pueblo en invierno, sino polvorienta, sucia y agobiante.

Desde la noche en que Nehi el diablo se llevó a todas las criaturas y las arrastró a su guarida situada en la montaña, todos los habitantes del pueblo viven y cuidan sus campos de frutales en silencio y con miedo. Sin ningún animal doméstico. Solos. Únicamente el río sigue pasando aún y arrastrando con él pequeñas esquirolas de piedra, trozos de ramas, bloques de barro. Ese río no descansa ni de día ni de noche, ni en invierno ni en verano.

7

Hasta los márgenes del bosque se adentraban a veces algunos leñadores atrevidos, así como Danir, el que arregla tejados, con sus compañeros, pero ninguno osaba penetrar en el bosque si no era en grupos de tres o cuatro, y siempre a plena luz del día.

Nunca, pero nunca, y de ninguna manera, pero que de ninguna manera, decían los padres a sus hijos, nunca y de ninguna manera os atreváis a salir de casa cuando haya caído la noche. Si algún niño preguntaba a sus padres por qué, a éstos se les nublaba el rostro y decían: «Porque la noche es muy peligrosa. La oscuridad es un enemigo cruel».

Pero todos los niños sabían.

Con la luz del alba, los leñadores se encontraban ramas rotas o hierba pisoteada, entonces se miraban unos a otros y movían la cabeza sin intercambiar ni una sola palabra. Sabían que al caer la noche, Nehi, el diablo de la montaña, bajaba de su palacio en lo alto de las montañas para deambular por los bosques que rodeaban el pueblo, y que, a medianoche, su sombra planeaba a lo largo del río, tocaba con sus dedos las tapias de los campos de frutales, pasaba sin hacer ruido por entre las casas con las contraventanas cerradas y por los patios oscuros, y vagaba por las cuadras y los establos abandonados. El susurro de su manto negro hacía temblar la hierba por la que caminaba y las hojas que rozaba al pasar, y sólo al amanecer desaparecía en las profundidades de los bosques, escabullándose en la penumbra hacia la espesura, planeaba en silencio entre los valles, las cuevas y las grutas y volvía a su terrorífico palacio, situado en algún lugar, en la cima de alguna de las altas montañas a las que jamás ninguna persona se había atrevido a acercarse.

- Por aquí -murmuraban entre sí los leñadores por la mañana temprano-, por aquí, justo por aquí ha pasado esta noche. Hace sólo cinco o seis horas que ha pasado sin hacer ruido exactamente por el lugar en el que nos encontramos ahora.

Un escalofrío les recorría la espalda al pensar en eso.

8

Una noche, Mati decidió cumplir la promesa que le había hecho a Maya. Pero no tuvo suficiente valor para vestirse, escabullirse a hurtadillas y llegar hasta el pequeño monte que estaba al pie de las ruinas. En lugar de salir, Mati esperó pacientemente a que sus padres y sus hermanas estuvieran dormidos, y entonces se levantó y se deslizó descalzo hasta la ventana de la cocina, desde la que se podía ver de soslayo el monte, con la intención de permanecer allí, despierto y atento, hasta el alba. Consiguió contar al pie de las ruinas las sombras de nueve árboles. Durante toda la noche hubo nueve árboles, y también al despuntar el día seguía habiendo allí nueve, por lo que Mati llegó a la conclusión de que Maya se había confundido llevada por el miedo o la tensión. O tal vez simplemente se había dormido y había tenido un sueño.

Pero al día siguiente, en el colegio, cuando se lo contó en voz baja, Maya le dijo:

- Mati, después de clase, tú y yo volveremos a contar cuántos árboles hay allí realmente - y fueron los dos a las ruinas y contaron bien, con cuidado, en voz alta y tocando cada árbol, y resulta que volvía a haber sólo ocho y no nueve.

En el aula, a ambos lados de la pizarra, entre las ventanas y encima de las estanterías, la maestra Emmanuela había colgado todo tipo de advertencias escritas en rojo y negro: «El bosque es un lugar peligroso». «Tened cuidado con las montañas.» «Cada arbusto puede ser un monte intrigante.» «Cada roca puede esconder detrás algo que no es una roca.» «El

niño que deambule solo por la espesura puede no volver nunca, o volver contagiado de relinchitis.» «La oscuridad nos odia.» «El exterior está lleno de peligros.»

Desde las profundidades de los bosques, desde el corazón de los espesos bosques de coníferas que rodeaban el pueblo por todas partes, llegaba de la mañana a la noche un turbio olor a oscuridad. Incluso durante los meses de verano penetraba en el pueblo desde los bosques una especie de sombra oscura de invierno. Y el río, efervescente y burbujeante, serpenteaba entre los patios y se deslizaba hacia el valle, corriendo y fluyendo por la pendiente con espuma blanca en las riberas, como si ansiara con todas sus fuerzas huir lejos y, a pesar de todo, se detuviera aquí un momento para aliviar a su paso a todo este pueblo.

9

Entre todos los niños del pueblo había sólo dos, Maya y Mati, que se sintieran atraídos por los bosques oscuros. Era precisamente por tantas advertencias, tanto silencio y tanto miedo por lo que estaban fascinados por el bosque, y la imaginación los incitaba a intentar descubrir lo que se ocultaba en lo profundo de la espesura. Mati también tenía un plan aún sin ultimar, y lo compartió con Maya, porque sabía que ella era más valiente que él. Además del plan y del deseo común de adentrarse en el bosque, también tenían su secreto, un secreto confidencial que no compartían con nadie, ni con sus padres, ni con la maestra Emmanuela, ni con las hermanas mayores de Mati, ni con Almón, ni con Danir el tejero, ni con ningún amigo o amiga. Sólo cuando no había cerca nadie que pudiese escuchar, Maya y Mati se susurraban el uno al otro emocionados el secreto común que sólo les pertenecía a ellos. A menudo, Mati y Maya se veían a escondidas por la tarde en un establo abandonado y medio en ruinas que estaba en el patio de atrás de la casa de Mati, donde ni sus padres ni sus hermanas podían llegar a oírlos, y hablaban en voz baja

de su secreto.

Los niños del pueblo, y entre ellos también las hermanas mayores de Mati, los habían visto a veces conversando en voz baja, y enseguida llegaron a la conclusión de que Maya y Mati habían empezado a ser pareja. Y si habían empezado a ser pareja, resultaba agradable y hasta simpático chismorrear un poco sobre ellos, y también burlarse un poco y molestarles. Y es que siempre, en cualquier tiempo y en cualquier lugar, que un chico y una chica pasan mucho tiempo juntos, solos, en vez de seguir siempre a todo el grupo, al instante se les considera pareja. Y una pareja invita a la envidia. Y la envidia duele, se hincha y empieza a segregar sarcasmo: más o menos como una herida infectada segrega pus.

Mati y Maya no se veían de ese modo a sí mismos: ellos no se consideraban pareja en absoluto, sino tan sólo los únicos partícipes de un secreto. Nunca se habían cogido de la mano, ni se habían mirado fijamente a los ojos, y tampoco se habían intercambiado sonrisas cómplices, y por supuesto no se habían besado, aunque tanto él como ella ya se habían imaginado dos o tres veces qué se siente con un beso y cómo se llega a él.

Pero sobre esas fantasías no habían hablado nunca entre ellos. Ni una sola palabra. Lo que unía a Maya y a Mati no era amor, sino un secreto que nadie, excepto ellos, debía conocer bajo ningún concepto.

Debido al secreto, y también por las burlas de las que eran objeto, Maya y Mati se sentían muy cerca el uno del otro, y también solos, porque si los demás se enteraban de su secreto se burlarían aún más, y les molestarían e injuriarían el doble. Y es que todo aquel que no

está dispuesto de ninguna manera a amoldarse y a ser como todos nosotros tiene relinchitis o maullitis o cualquier otra enfermedad de éstas, y que no se atreva a acercarse a nosotros, que guarde las distancias, no vaya a contagiarnos a todos.

También se burlaban de Almón el pescador por su cuaderno de pensamientos, por su costumbre de salir al patio y silbar cada mañana y cada tarde al perro que sin duda llevaba muerto ya muchos años y por el espantapájaros completamente inútil que puso entre los bancales de su huerto. Sobre todo se reían a sus espaldas de las largas discusiones que tenía a veces consigo mismo o con su espantapájaros. Con cierta frecuencia, el que una vez fuera pescador discutía incluso con el río, con la luna, con las nubes que pasaban por el cielo. En el pueblo se mofaban sobre todo de las emocionantes reconciliaciones entre Almón y el espantapájaros, o entre Almón y la pared o el banco, al final de cada riña o discusión.

Incluso a Lilia la panadera viuda, la madre de Maya, solían despreciar los vecinos del pueblo con gritos de júbilo, y hasta se llevaban un dedo a la sien y lo giraban refiriéndose a ella:

- Mirad, mirad, ahí va otra vez esa extraña mujer que tiene la costumbre de deshacer las hogazas de pan que no ha conseguido vender y echar las migas al río o esparcirlas entre los árboles, a lo mejor ocurre un milagro y pasa por aquí de repente algún pez perdido, o puede que un pájaro despistado sea arrastrado casualmente hacia nuestro cielo.

La verdad es que algunos de los que solían burlarse de las migas de Lilia se detenían a veces un momento al pie de los árboles o al borde del río y esperaban:

- Quizás algún día. A pesar de todo. ¿No?

Pero al cabo de un rato reaccionaban, como si de repente alguien hubiese dado una palmada junto a sus oídos. Entonces se encogían de hombros y se iban de allí, un poco avergonzados.

Y cómo se burlaba casi todo el pueblo, abiertamente, con risa socarrona, y no sólo a sus espaldas, de Solina, la modista pobre, y de Guinom, su marido inválido, que tenía la enfermedad del olvido, y que se había encogido hasta hacerse tan pequeño como un cojín y balaba con un hilo de voz, balaba como un cordero abandonado. Solina, su mujer, solía envolverle en pañales, taparle con dos mantas de lana y sacarle todas las tardes en un carrito de niño a dar un largo paseo por las callejuelas del pueblo hasta la ribera del río, cuyo furioso bramido hacía que Guinom balara con una voz aguda y desesperada, como si todo estuviese perdido.

10

Y éste era el secreto: una vez, Mati y Maya iban descalzos río arriba recogiendo guijarros redondos y pulidos con los que la madre de Mati hacía pequeños objetos de bisutería para vender. En un meandro del río, en un lugar recóndito, había un poco de agua estancada en una especie de hoyo, una especie de poza sombría oculta entre rocas grises, una poza muy pequeña, casi tan pequeña como la distancia entre las patas de una silla. Una gran cantidad de algas ocultaba el fondo de la poza. Debido a esas algas, el sol que iba a reflejarse allí se dispersaba como si se hiciese añicos en el agua: dentro de la poza se encendían multitud de luces centelleantes de un dorado intenso.

Y de pronto, entre las algas y las paredes de la roca, pasó de repente, cegador, no es posible, centelleando, brillando, serpenteando, pero ¿cómo puede ser eso?, reluciente como un cuchillo hundido en el agua, trepidando con escamas danzantes que parecían hechas de mercurio, un pez:

- Mira, un pez, eso era un pez.

- Pero ¿cómo va a ser un pez? Es imposible que fuera un pez, Maya. ¿Estás realmente segura de que también tú has visto un pez? ¿De verdad? Porque yo, óyeme bien, estoy completamente, pero completamente seguro de que a pesar de que no puede ser de ninguna manera, a pesar de todo, eso era un pez. Un pez, Maya, un pez, un pez vivo, tú y yo hemos visto por un instante un pez aquí, y no simplemente lo hemos visto, sino que hemos visto muy bien que por supuesto era un pez.

- Un pez y no una hoja, un pez y no un trozo de metal, un pez, te lo digo yo, Mati, un pez de todas todas, un pez sin ninguna duda, un pez, yo lo he visto.

- Y también yo lo he visto, era un pez, un pez, solamente un pez y nada más que un pez.

Era un pez pequeño, un pececillo, como de medio dedo de largo, y tenía escamas de plata, delicadas aletas de encaje y branquias transparentes y temblorosas. Un ojo de pez redondo y abierto de par en par los miró a los dos un momento como si estuviese insinuando a Maya y a Mati que todos nosotros, todos los seres vivos de este planeta, personas y animales, aves, reptiles y peces, somos en realidad muy parecidos, a pesar de las muchas diferencias que hay entre nosotros: casi todos tenemos ojos para ver formas,

movimientos y colores, y casi todos oímos sonidos y ecos, o al menos sentimos los cambios de luz y oscuridad a través de nuestra piel. Y todos percibimos y clasificamos sin cesar olores, sabores y sensaciones.

Y no sólo eso: todos nosotros sin excepción nos asustamos en algún momento, e incluso nos embarga el pánico, y a veces todos estamos cansados, o hambrientos, y hay cosas que a todos y cada uno de nosotros nos atraen y cosas que nos repelen y nos provocan inquietud y repugnancia. Además, todos nosotros sin excepción somos muy vulnerables. Y todos, personas, reptiles, insectos y peces, dormimos, nos despertamos y volvemos a dormirnos y a despertarnos, todos nos esforzamos por estar a gusto, ni con mucho calor ni con mucho frío, todos sin excepción intentamos casi siempre cuidarnos y protegernos de todo aquello que corta, muerde o pica. Para todos nosotros es muy fácil aplastar. Y todos, pájaros y gusanos, gatos, niños y lobos, intentamos estar lo más precavidos posible ante el dolor y el peligro, y a pesar de todo nos arriesgamos muchas veces al salir una y otra vez a buscar comida, diversión y también aventuras, sensaciones, poder y placer.

- Hasta el punto -dijo Maya después de pensar un rato sobre eso-, hasta el punto de que puede decirse que todos sin excepción estamos en el mismo barco: no sólo todos los niños, no sólo todo el pueblo, no sólo todos los seres humanos, sino también todos los seres vivos. Todos nosotros. Y aún no estoy segura de cuál es la respuesta correcta a la pregunta ¿las plantas son también parientes lejanos nuestros?

- Resulta que quien se burla o molesta a los demás pasajeros -dijo Mati-, es en realidad un idiota que daña a todo el barco. Y aquí no hay otro barco para nadie.

Al cabo de un minuto, o tal vez menos, el pececillo retorció su cuerpo, abrió de par en par el abanico de sus finas aletas y se escabulló, hundiéndose al instante en las aguas oscuras, hacia la sombra de las algas del río.

Era el único animal que Maya y Mati habían visto en toda su vida hasta entonces. A excepción de los diversos dibujos de vacas, caballos, perros y pájaros de las páginas de los libros o de las paredes de la clase de la maestra Emmanuela, y a excepción de las figurillas que hacía Almón el pescador, y que repartía entre los niños del pueblo.

Maya y Mati sabían que eso era un pececillo porque habían visto fotos iguales en los libros. Y no tenían duda de que estaba vivo y no dibujado, porque ningún ser dibujado en aquellos libros podía retorcer así los músculos, doblarse, escabullirse de ellos rápidamente y hundirse de repente en las profundidades, en un lugar imperceptible entre las sombras de las algas.

11

Era el primer ser vivo que se veía en el pueblo en muchos años, desde la terrorífica noche en que Nehi, el diablo de las montañas, reunió una larga caravana de criaturas y alejó del pueblo para siempre a todos los animales, desde los caballos hasta las palomas, desde las arañas hasta las ovejas y los toros. Los padres fueron arrastrados de pronto y sin previo aviso por una ola de nostalgia o de pesar y empezaron a imitar para sus hijos los sonidos de las aves y los demás animales, todo tipo de mugidos, el aullido de los lobos desde el bosque, el zureo de las palomas, el zumbido de las avispas, el aleteo de las ocas del río, el croar de las ranas, el ulular de las lechuzas y los búhos. Pero al cabo de un rato, esos mismos padres negaron su pesar, hicieron como que sólo habían pretendido entretener un rato, nada más, e insistieron en que todos esos sonidos no eran reales sino que tan sólo

formaban parte de los cuentos y las fábulas.

Qué extraños eran los entresijos de la memoria de la gente del pueblo: las cosas que se esforzaban por recordar huían a veces y se ocultaban bajo el manto del olvido. Y precisamente lo que decidían que había que olvidar flotaba desde el fondo del olvido como si pretendiera angustiarlos. A veces recordaban con todo lujo de detalles lo que casi no había existido. O se acordaban de lo que ya no existía, reviviéndolo con dolor y añoranza, pero por vergüenza o pesar decidían que sólo había sido un sueño. Nada más que un momentáneo exceso de la imaginación. Y decían a sus hijos:

- Tan sólo es una leyenda.

O afirmaban:

- A fin de cuentas sólo era una pequeña broma. Nada más.

En algunos niños esas historias despertaron una especie de incierta nostalgia por lo que tal vez hubo aquí alguna vez y por lo que tal vez nunca existió. Pero también había muchos niños que no querían oír nada, o que oían y se burlaban de sus padres y de la maestra Emmanuela: durante muchos años no se había visto por el pueblo ningún animal, y por tanto la mayoría de los niños llegó a la conclusión de que realmente todos esos muuus, beees y miaaaus, todos los zuuus, los auuus, los cruuus y los cruuuas eran sólo extraños inventos de sus padres, supersticiones anticuadas que había que desterrar de una vez por todas para vivir la realidad, pues quien vivía en la fantasía simplemente no era como todos nosotros, y quien no era como nosotros también contraería la relinchitis, y todos se apartarían de él y ya nadie en el mundo podría salvarlo.

Tal vez sólo a Danir, el tejero risueño de largas piernas, el preferido por las chicas del

pueblo, a Danir, a quien le gustaba cantar todo el día con sus compañeros mientras trabajaban arriba, en lo alto de los tejados inclinados, y demorarse para conversar por las ventanas abiertas con los niños como si fueran adultos, o al revés, trepar con ellos como si aún fuera un niño, y a quien también le gustaba silbar canciones por las callejuelas bajo las ventanas de las chicas del pueblo, tal vez sólo a Danir tenía sentido preguntarle qué era verdad y qué no.

Pero el problema era que con Danir y sus amigos, esos que se reunían a su alrededor en la plaza de piedra las largas tardes de verano, nunca había forma de saber cuándo hablaban en broma y cuándo te estaban provocando o provocándose entre ellos. A veces hablaban en serio, pero incluso entonces parecía que se estaban burlando. Todo aquel que intentaba hablarles en serio, por alguna razón también acababa de pronto dirigiéndose a ellos como en broma. Incluso cuando no tenía ninguna intención de bromear.

A excepción de Almón el pescador, a quien nadie prestaba atención porque todos le despreciaban, no había en el pueblo nadie que pudiera enseñar a los niños que la realidad no es sólo lo que el ojo ve, lo que el oído oye o lo que la mano puede tocar, sino también lo que está oculto al ojo y al contacto de los dedos, y que se revela a veces, sólo un instante, a quien busca con los ojos del espíritu, a quien sabe escuchar con los oídos del alma y tocar con los dedos de la mente. Pero ¿quién quería escuchar a Almón? Era un anciano charlatán y casi ciego que discutía sin parar con su feo espantapájaros.

12

Cuando el pez desapareció, los dos pudieron ver, ella en la cara de él y él en la de ella, la misma expresión de asombro y temor, la boca entreabierta de pronto, los ojos completamente desorbitados, la palidez de cal extendiéndose por la frente y las mejillas:

- Mati, ¿también tú has oído lo que yo he oído?

- Maya, ¿también tú lo has oído?

¿No era cierto que desde muy lejos, más allá de los primeros bosques, más allá de los valles y las pendientes, desde el extremo de los bosques suspendidos en la ladera de la cordillera norte, habían llegado y se habían desvanecido en un instante tres o cuatro sonidos tenues, de ensueño, unos ecos vagos semejantes a ladridos de perro?

Maya y Mati sabían cómo ladran los perros por las historias de la maestra Emmanuela, pero todo el mundo se burlaba de la pobre maestra Emmanuela, que flirteaba con todos los hombres y jamás había conseguido encontrar en todo el pueblo ni siquiera algo parecido a una pareja que se dignara a mirarla al menos una vez.

Y ahora resultaba que poco después de lo del pez, a Maya y a Mati les daba la impresión de que esos sonidos tenues procedentes de la cordillera norte se parecían un poco a ladridos. Aunque tal vez no fueran sonidos de perros reales. Tal vez sólo se tratara de una lejana avalancha de rocas. O de una treta de los árboles, que jadeaban excitados y empezaban a crujir y a gemir al penetrar en ellos el viento.

¿Quién iba a creer que Maya y Mati habían visto un pececillo vivo en el río? ¿Y que encima habían oído ladridos de perros lejanos casi al mismo tiempo? Todo el mundo se burlaría de ellos. Algunas mañanas aparecía un niño en el patio del colegio e intentaba contarles a los demás que había oído, prometía que lo había oído, una especie de sonido que podía ser un gorjeo. O un zumbido. Los demás niños, por su parte, no creían al que contaba esas historias, y le insultaban, se metían con él y decían:

- Es mucho mejor para ti que dejes de decir esas cosas, y que lo dejes ya, si no quieres acabar como Nimi el potro.

¿No será porque quien se burla está un poco protegido con la burla del peligro de la soledad? ¿Porque los que se burlan lo hacen en grupo, y quien provoca la burla siempre se queda solo?

¿Y los adultos? ¿No será sólo porque siempre intentan acallar cierta tensión interior? ¿O porque se avergüenzan de cierto sentimiento de culpa?

Mati y Maya volvieron muchas veces a aquel lugar, se inclinaron sobre la poza, se acercaron tanto que casi meten la nariz en el agua, pero el pececillo no volvió a aparecer. En vano rastrearon cada una de las decenas o centenas de pequeñas pozas dispersas a lo largo de la ribera del río, entre las rocas, en balsas recónditas, en lugares donde las algas ocultaban el lecho de arena dorada del fondo.

Pero de pronto un día, al atardecer, algo pasó muy alto, sólo durante un instante, por encima de sus cabezas: algo voló por el aire, que se iba oscureciendo, algo flotó o se elevó allí, pequeño y luminoso como una única nube bajo el viento de la tarde, llegó desde el bosque y pasó en silencio, transparente y lento, sobre las cabezas de los dos, para volver a ser arrastrado hacia los bosques y desaparecer casi antes de que a Maya y a Mati les diera tiempo a percibirlo.

Casi antes de que les diera tiempo, pero no tanto tiempo antes, de que los dos pudieran

darse cuenta de que algo había pasado por encima de sus cabezas, alto y silencioso, flotando sobre el pueblo, sobre el río y sobre los bosques oscuros. Por tanto, las miradas de Maya y de Mati se encontraron. Y los dos se pusieron a temblar al mismo tiempo.

13

Y así aquellos dos niños, Mati y Maya, como una célula de la clandestinidad con sólo dos miembros, empezaron a convencerse el uno al otro de que tal vez fuera cierto que existían animales en algún lugar. Mati tenía mucho miedo y Maya también, aunque un poco menos, pero, a pesar de todo, les fascinaba la idea de iniciar una gran aventura cuyo objetivo sería buscar signos de vida. Mati y Maya no decidieron a la ligera embarcarse en una aventura así. No confiaban del todo en sí mismos: tal vez el pececillo y los ladridos no habían sido más que una ilusión. Tal vez, a pesar de todo, fue sólo una hoja plateada lo que brilló un instante en el agua antes de hundirse y desaparecer. Tal vez un árbol viejo se rompió en algún bosque lejano y el viento llevó hasta ellos el eco de su lamento, un eco que se parecía un poco a un ladrido. ¿Cómo y dónde debían comenzar su aventura? ¿Y qué pasaría si les sorprendían y les castigaban? ¿Y si también ellos eran objeto de burla? ¿Qué pasaría si, como Nimi el potro, contraían la relinchitis?

¿Y qué ocurriría si la furia de Nehi, el diablo de las montañas, se dirigía contra ellos? ¿Y si también ellos desaparecían para siempre bajo su manto oscuro, como habían desaparecido hacía muchos años todos los animales que, según decían los adultos, habían existido una vez en nuestro pueblo y sus alrededores?

Y además, ¿por dónde debían empezar a buscar?

La respuesta a esa pregunta, eso les decía el corazón, era que debían empezar a buscar en el bosque. La respuesta asustó tanto a Mati y a Maya que durante tres o cuatro semanas dejaron de hablar de ese proyecto. Como si hubiese ocurrido algo entre ellos tan vergonzoso que era mejor hacer como que no había ocurrido. O que había ocurrido y había sido completamente olvidado.

Pero la aventura ya había echado raíces en ellos, ya había penetrado profundamente en sus sueños nocturnos y ya no les producía alegría, curiosidad o excitación, ni tampoco un valor exaltado, sino simplemente la sensación gris y constante, que se apoderó de ellos y nos les abandonaba nunca, de que ya estaba. De que era así y punto. De que no había nada que hacer. De que desde ese momento simplemente era su obligación. De que de hecho ya no les quedaba otra alternativa.

Y así siguieron cuchicheando sobre el bosque, el pececillo en la poza, los lejanos ladridos de los perros, la nube que pasó sobre sus cabezas pero que no era una nube, y sobre otros signos de vida. Esos cuchicheos volvieron a provocar entre los niños de su clase y entre las vecinas y vecinos avispados todo tipo de rumores y chismorreos acompañados de guiños y risitas: «Mirad a esa pareja, seguro que ya se han cogido de la mano», «pero qué dices de la mano, te apuesto lo que quieras a que ya se han besado. Y quién sabe, a lo mejor hasta se han visto el uno al otro».

Algunos decían que en el fondo esos dos chicos tan raros hacían buena pareja, ella con esa madre suya, la panadera loca que esparce todas las tardes migas de pan en un río sin peces, o debajo de árboles sin pájaros, y él con esas cosas que escribe en sus pequeñas libretas y que, en vez de enseñárnoslas a nosotros, va corriendo a enseñárselas a Almón, el pescador

que discute hasta con las paredes. Incluso es posible que no le enseñe a Almón lo que escribe, sino al espantapájaros de Almón.

De esta manera las burlas fueron amontonándose a su alrededor como una mancha oscura de barro que se va extendiendo en el agua y enturbiándola. Pero Mati y Maya habían excavado un túnel por el que salir al otro lado de las burlas: una mañana se levantaron muy temprano y, en vez de ir a clase, salieron del pueblo y subieron directamente hacia el bosque.

15

Maya y Mati siguieron el cauce del río, pero no se cogieron de la mano, excepto quizás en una o dos ocasiones, cuando cruzaron el río por unas islas de piedras resbaladizas que estaban dispersas a lo ancho en uno de los meandros y sobre las que se podía saltar y llegar así a la otra orilla, ahí tuvieron que agarrarse de la mano para no caerse a las frías aguas. A medida que iban subiendo por la montaña, siguiendo los recodos del río, la vegetación del bosque se iba haciendo más y más espesa. De vez en cuando tenían que apartar ramas y arbustos y retirar todo tipo de helechos para abrirse paso.

Por momentos les asaltaba la sensación de que no estaban solos en el bosque, de que había alguien más, o algo, ancho, grande y oscuro, algo que parecía respirar detrás de ellos de forma profunda y tranquila. Pero mirasen a donde mirasen, sólo veían una espesa vegetación de un color verde que iba tendiendo más y más al negro. Y cada vez que aguzaban el oído y se esforzaban todo lo posible por escuchar algo, tan sólo percibían el susurro del viento en las copas de los árboles, el torrente del río entre las rocas y el crujido de hojas y ramas secas bajo sus pies.

A veces la espesura se hacía tan tupida que sólo agachándose o caminando con las rodillas y con las manos conseguían atravesarla. Algunas veces pasaban por delante de cuevas pero, cuando miraban dentro, sólo veían una oscuridad negra reposando y exhalando hacia ellos desde las fauces de la oscuridad olores antiguos a polvo y a densa humedad.

Y resulta que de una de las cuevas salió de pronto no un olor a humedad sino un ligero rizo de humo y un agradable aroma a hoguera que endulzaba el aire. Por un momento se quedaron petrificados y al cabo de un rato Mati le susurró a Maya:

- Huyamos de aquí enseguida, antes de que nos descubran.

- Pero antes me voy a arrastrar hasta allí, sólo un poco -le susurró Maya-, sólo para ver lo que hay. Debo hacerlo. Y tú espérame aquí, Mati, escóndete detrás de esa roca y vigila. Si ves que salgo huyendo, empieza tú también a correr montaña abajo: no te entretengas y no me esperes, tan sólo corre a casa con todas tus fuerzas y no mires atrás. Yo también correré montaña abajo todo lo rápido que pueda. Pero si ves que pasa, digamos, un cuarto de hora más o menos y que no salgo de allí, no sigas esperándome: corre a casa, intenta recordar bien el camino y cuéntaselo a Danir el tejero. Cuéntaselo sólo a Danir. A nadie más. Para que mi madre no se inquiete.

Mati se quedó aterrado e iba a susurrarle a Maya que no, que era peligroso, que no había forma de saber lo que les acechaba en la oscuridad de la cueva, pero se contuvo y guardó silencio, porque en realidad siempre había sabido que Maya era más valiente que él, y eso le avergonzaba un poco, incluso hasta se burlaba de sí mismo.

Dos curvas y tres peldaños de piedra condujeron a Maya al interior de una especie de nicho estrecho al fondo de la cueva baja. Las paredes de la cueva estaban cubiertas de hollín y el fuego formaba sombras nerviosas sobre las paredes. De la hoguera salía un agradable humo oloroso que despertaba el apetito. Y Mati, tras dudarlo un instante, decidió no hacer caso a Maya y avanzar hacia el interior detrás de ella: dos curvas, dos peldaños de piedra, pero al tercero perdió el valor y se detuvo, se escondió entre los pliegues de la roca y observó lo que le pasaba a Maya. Entonces vio allí a un hombre pequeño sentado solo, de espaldas a Maya, ocupándose con esmero de la hoguera; al parecer no se había percatado de que Maya estaba detrás de él, cauta, lista para darse la vuelta y escapar de allí al instante.

El hombre pequeño estaba hurgando en el fuego con un palo, asándose unas patatas con cebollas, dando la vuelta con mucho cuidado a las patatas asadas entre las ascuas, avivando y juntando las brasas mientras le hablaba a su hoguera con mucho cariño, animando al fuego con palabras agradables y alabándose a sí mismo por su éxito. Y continuó así, cuidando de su hoguera y hablando casi sin parar, sin darse cuenta de que Maya estaba inclinada y lo observaba de cerca, mientras Mati oteaba desde más atrás. Estaba aturdido entre los pliegues de la roca, desde donde veía la espalda de Maya, dudando acerca de lo que debía hacer, pues sus pies insistían en huir de allí lo antes posible, mientras que su corazón le pedía con insistencia que se acercara y permaneciese al lado de Maya. La lucha entre sus pies y su corazón hizo que Mati se quedara inmóvil en su sitio, en el hueco de la roca, bastante cerca de la espalda de Maya pero no tan cerca como ella del desconocido, y algo más cerca que ella de la entrada de la cueva.

De pronto, el desconocido giró la cabeza y sonrió tranquilamente, sin mostrar ninguna sorpresa; era como si siempre hubiese sabido que llegarían huéspedes inesperados y tan sólo hubiera estado esperando a poder dejar un momento de atender la hoguera y

cumplir con su deber de anfitrión:

- ¿Maya? ¿Mati? ¿No queréis sentaros? ¿Descansar un poco aquí? ¿Queréis comer conmigo patatas asadas? Venid, sentaos. También tengo hortalizas y todo tipo de frutas, setas y nueces. Sentaos aquí.

16

Mati y Maya se sorprendieron mucho, porque el hombre no era un hombre sino tan sólo un niño, y no un niño desconocido sino precisamente Nimi, ese al que todos llamaban Nimi el potro, Nimi el mocososo, el que se empeñaba en contarles a todos sus sueños, zapatos que se convertían en medio de la noche en un par de erizos y mangueras que se transformaban en serpientes o trompas, mientras todos se reían de él. Nimi, que una vez se fue solo al bosque y en el bosque se encontró al parecer con algo que le asustó o le trastornó tanto que contrajo la relinchitis. A causa de esa enfermedad dejó de hablar por completo y empezó a vagar y a relinchar por las calles del pueblo, con los dientes incisivos hacia fuera y separados y un ojo siempre lloroso; y desde entonces deambulaba día y noche, en invierno y en verano, sin casa y sin nadie cercano, pues Maya y Mati tampoco pudieron ayudarle, y hasta su propia familia le dejó por imposible.

Y resulta que, en esa cueva, Mati y Maya acababan de encontrarse a Nimi: no al Nimi que relincha ni al Nimi que huye de la gente, trepa a los árboles y hace extrañas muecas desde las ramas más altas, sino a un Nimi que habla, les toca el hombro a los dos y les invita a comer con él patatas asadas con cebollas doradas en el fuego, y hasta su ojo lloroso les sonrío con afecto.

Y más tarde, cuando los tres se sentaron saciados y descansados, y charlaron alrededor de

las brasas, Nimi les reveló que sus relinchos de potro no eran una enfermedad, sino una decisión: se había hartado de las vejaciones, los ultrajes y las burlas y había decidido irse y vivir solo como un niño libre, sin padres, sin vecinos, sin colegio, sin humillaciones y sin que nadie en el pueblo o en el mundo entero le dijera a diario qué hacer y qué no hacer: había elegido vivir solo. Vivir en paz y en libertad. Es verdad, tiene un espacio demasiado grande entre los dientes incisivos, pero al menos detrás de sus estúpidos dientes hay una cabeza y no un hongo venenoso como en el caso de todos esos guasones. A veces baja a deambular y relinchar un poco por el pueblo y todos se apartan y huyen de él porque tienen miedo de contagiarse. Pero ésta es su casa, vive aquí, en esta cueva donde va reuniendo todo lo que recoge en los patios traseros: libros y frascos, cuerdas, pan tostado, cacharros, libretas, tablones, velas, frutas, hortalizas y ropa que arranca de los tendedores. Y Almón el pescador le deja coger por las noches patatas de su huerto y también todas las frutas y las hortalizas que quiere.

- ¿Y cómo es que no tienes miedo del bosque? ¿De Nehi?

- Sí, a veces es verdad que tengo un poco de miedo, sobre todo por las noches, pero no de Nehi -dijo Nimi-. De hecho, cuando estoy aquí, en mi cueva, tengo mucho menos miedo que cuando estoy entre niños que me odian y relinchan y me tiran piedras y tejas, o entre los mayores, que me señalan con el dedo y gritan: «Mirad-ahí-va-ese-pobre-enfermo-de-relinchitis- pobres-padres», y siempre previenen a los más pequeños de que no se atrevan a acercarse a mí.

- Dime una cosa, Nimi, ¿has visto alguna vez aquí, en el bosque, algún animal? ¿No? ¿Y a Nehi? ¿No habrás visto a Nehi? Y dime otra cosa, Nimi, ¿de verdad existe esa enfermedad, la relinchitis?

En vez de responder a esa pregunta, Nimi el potro se levantó, se estiró, los saludó con la mano abierta, sorbió con la nariz, sonrió con los dientes salidos y el ojo lloroso, se sonrió a sí mismo, no a Maya y a Mari, saltó por el medio de los dos, se deslizó hacia la entrada de la cueva y, de repente, lanzó un relincho potente, largo, modulado, un relincho que sonaba desesperado y también grosero y provocativo. Mientras relinchaba salió trotando con júbilo hacia fuera, hacia los frondosos árboles, corría y relinchaba alegremente y a pleno pulmón y su voz se iba alejando y desvaneciendo hasta que se perdió en lo profundo del bosque.

Cuando se apagó la hoguera en la cueva de Nimi, Mati y Maya decidieron seguir su camino hacia arriba, por el sendero forestal que se iba haciendo cada vez más escarpado y más parecido también a un túnel estrecho y oscuro dentro de una compacta masa de arbustos.

Pronto no hubo ya caminos ni una telaraña de senderos forestales, sino tan sólo un laberinto espeso y oscuro lleno de plantas tupidas cuyo color estaba más cerca del negro que del verde; entre ellas estaban las que pinchan, las que inflaman y también esas que irritan la piel como una picadura venenosa.

Mati y Maya se esforzaban todo el rato en no alejarse demasiado del cauce del río, aunque no podían avanzar justo al lado de los meandros porque por algunos sitios el río bajaba entre rocas escarpadas, o se perdía por completo bajo la tierra antes de volver a aparecer

por algún lugar totalmente inesperado. Pero el ruido de la corriente ayudaba a Maya y a Mati a orientarse montaña arriba: era como si ese río fuese una especie de guía irascible y ruidoso que no se callaba ni un minuto, a veces rechinaba los dientes al correr sobre un lecho de grava y cantos rodados, a veces se lamentaba ligeramente al ser atrapado entre los muros de los riscos, y en ocasiones se desbocaba y rugía en cascadas cubiertas de espuma.

Al cabo de unas horas perdieron el río. No se volvió a oír ni el eco lejano de su corriente. En lugar de los sonidos del río empezaron a resonar en los recovecos del bosque algunos susurros, chirridos, quejidos, zumbidos, como si algo suspirase en alguna parte, inspirara y expirara y murmurara, algo muy cercano pero imperceptible. Y algo distinto tosiera no muy lejos de ellos de forma ahogada, y algo más serrara insistentemente, o royera con fuertes dientes, parándose un momento como si estuviese cansado y volviendo a roer después.

Maya y Mati tenían la sensación de que la noche estaba a punto de caer. Habían decidido buscar una cueva donde pudiesen esperar hasta el amanecer. Les parecía extraño que entre las copas de los árboles aún siguiera brillando la luz del día.

Mati se detuvo para tomar aire y quitarse algunos cardos y agujas secas que se le habían clavado en la ropa. Maya, que casi todo el rato iba unos pasos por delante de él, se detuvo también y le esperó. Propuso que siguieran montaña arriba mientras aún quedara algo de luz.

- ¿O prefieres que volvamos a casa? -no lo dijo como esperando una respuesta, sino como

adivinando cuál sería la reacción de Mati.

Mati quería volver, pero le resultaba indispensable que la propuesta de ceder y volver a casa partiera de ella y no de él. Por tanto le preguntó:

- ¿Tú que crees, Maya?

Y Maya dijo:

- ¿Y tú?

Él dudó un momento. Y a continuación le dijo en un tono caballeroso y firme: - He decidido que haremos lo que tú digas.

- Qué bien que hayamos comido con Nimi, junto a su hoguera -dijo Maya-, pero ahora vuelvo a tener un poco de hambre y también estoy algo cansada.

- Entonces, ¿volvemos? -dijo Mati.

- Tal vez -contestó Maya-. Sí. Está bien. Pero no a casa. Volvamos a la cueva de Nimi, nos quedaremos allí hasta el amanecer y por la mañana continuaremos subiendo.

Así pues, los dos empezaron a descender. Y ahora era Mati el que marchaba en cabeza y luchaba por abrirse paso en la espesura. Pero la espesura era cada vez más tupida. A medida que iban cortándola, como dos nadadores cansados entre fuertes olas, la vegetación se iba haciendo más y más densa. En lugar de bajar, se encontraron de nuevo

subiendo por una boscosa y escarpada ladera de la montaña. Y otra vez les pareció que el día empezaba a declinar, que la oscuridad ya no estaba lejos y que jamás encontrarían la cueva de Nimi.

Una sombra baja y oscura pasó de repente en completo silencio por encima de sus cabezas, flotó sobre las copas de los árboles casi rozándolas, sobrevoló y oscureció por un momento toda la espesura, y a continuación se alejó sin hacer ruido. Era como si durante un momento un grueso manto negro lo hubiera cubierto todo. Y por un instante el temor de estar ante un inmenso prodigio, el miedo al día que no era día y el miedo a la noche que no era realmente noche, les encogió el corazón. Pero ninguno de los dos dijo una palabra al respecto. Guardaron silencio y siguieron abriéndose paso hacia arriba. Hasta que llegaron de pronto a un terreno llano en la ladera, donde decidieron descansar y planificar lo que iban a hacer; pero antes Maya se acercó sola a echar un vistazo un poco más allá, porque le había parecido oír a lo lejos el murmullo del río.

Allí, en la ladera de la montaña, entre dos rocas, Mati se inclinó mientras tanto a examinar una pequeña piedra, una piedra retorcida que le recordó a un caracol, y que tal vez fuera realmente un fósil de caracol. Y Maya siguió avanzando por la ladera hacia lo que le parecía el rumor de las aguas del río. Y de pronto Mati dejó de verla y también de oír el sonido de sus pasos, pero temía alzar la voz para llamarla. Cuando miró hacia atrás, tampoco Maya vio a Mati, que había desaparecido entre los árboles, pero también a ella le daba miedo llamarle, pues los dos tenían la sensación de que no debían levantar la voz porque, de hecho, no estaban solos en el bosque, sino que alguien los estaba esperando en las profundidades. O sobrevolándolos. O tal vez sólo permanecía quieto y en silencio entre las sombras, sin dejar de observarlos constantemente desde la espesura del bosque. Bajo el profundo silencio que lo cubría todo, Mati pensó de pronto que él no era el único que oía los latidos de su asustado corazón, sino que lo que estaba entre las sombras

observándolo constantemente también podía oírlos.

Y entonces, mientras Mati dejaba la piedra en forma de caracol sobre la roca y alzaba la mirada sin ver a Maya, otro caracol, que no era un fósil, pasó reptando junto a su zapato, pero cuando Mati volvió a mirar había desaparecido sin dejar rastro. Se había ocultado en una grieta.

17

Después de dudarlo un rato, Mati decidió que lo mejor era sentarse a esperar a Maya ahí, al pie de esa piedra que se parecía un poco a una gran hacha: porque ¿qué pasaría si iba a buscarla? Tal vez mientras tanto ella volvía por otro camino. Y si no le encontraba allí, podía comenzar de nuevo a dar vueltas, a buscarle por el bosque y a perderse por las lomas, y se estarían buscando mutuamente hasta que todo estuviese oscuro. Se sentó con la espalda apoyada en la roca-hacha y esperó esforzándose todo lo que pudo en oír algo y en captar cualquier susurro o rumor.

Desde ahí, desde arriba, todo el bosque le parecía un telón gigantesco y oscuro, salpicado de manchas de color verde luminoso, verde moteado, verde grisáceo, verde amarillento y verde oscuro que tendía casi al negro.

A lo lejos, en las profundidades que se abrían a sus pies, los ojos de Mati buscaron los tejados de las casas del pueblo, pero el pueblo había desaparecido. Mati se imaginó por un instante la plantación de árboles frutales de Almón el pescador. Vio con claridad en su imaginación el huerto y hasta el espantapájaros en los bancales. Y pudo ver también al viejo pescador pasando por allí lentamente, suspirando, caminando renqueante entre *los* bancales hacia la mesa que tenía en el huerto, añorando a Zito, su perro, a los jilgueros y a

los peces, y hasta a la carcoma que roía por las noches los muebles de su habitación. Seguro que mientras caminaba iba riñendo con el espantapájaros o discutiendo consigo mismo, y seguro que no le faltaban respuestas, que estaría musitando alguna respuesta victoriosa bajo su espeso bigote canoso. Y allí, no muy lejos de las ruinas, la maestra Emmanuela estaba sola tendiendo la ropa en la cuerda del patio situado detrás de su cabaña. Mati sabía por las cotillas del pueblo, todo el mundo lo sabía, que la maestra Emmanuela, una mujer ya no muy joven, llevaba años intentando conquistar a los hombres del pueblo, libres o casados, jóvenes y no tan jóvenes. Pero en todo el pueblo no había ni un hombre que mostrara interés por ella. Algunas veces Mati también se había unido a los que se burlaban de ella y le ponían feos mote. Pero ahora se arrepentía de eso: la soledad y la desesperación de la maestra Emmanuela le parecían tristes y angustiosas.

Cuando pensó en la callejuela que estaba debajo de la casa de sus padres, Mati se imaginó a Danir el tejero y a sus dos ayudantes montados en el caballete de un tejado, martilleando y riéndose porque habían conseguido llevar con los tres martillos el ritmo de una alegre marcha.

Y también se imaginó a Solina la modista parada en medio del paseo e inclinada sobre el carrito de su marido inválido, quizás para colocarle las mantas o para cambiarle los pañales mojados, o quizás sólo para acariciarle la cabeza cubierta de un pelo canoso y ralo, mientras Guinom, desde lo más profundo de su enfermedad del olvido, le lanza pequeños y angustiosos balidos, ya que cree que él es un cordero y que su mujer es su madre, la oveja que le amamanta.

Y quizás justo en ese momento, mientras él está sentado ahí imaginando la vida del pueblo, Lilia la panadera, la madre de Maya, esté bajando desde su panadería casera hacia

la única tienda de ultramarinos, situada en la plaza del pueblo. Y quizás se encuentre allí con Solina, que lleva a su marido en un carrito de niño. Lilia seguro que se detiene, como hace siempre, a intercambiar unas palabras con Solina, a contarle lo difícil que le resulta educar a una hija tan impertinente y obstinada como Maya, impertinente como un demonio pero nada cruel: «El único problema es que mi hija tiene un carácter demasiado fuerte, lo sabe todo mucho mejor que yo y mucho mejor que los demás, y por tanto, todo debe ser siempre tal y como ella quiere».

Luego seguro que Lilia se quita el delantal, pide perdón -porque siempre y sin necesidad alguna acostumbra a bajar la vista y pedir perdón a todo el mundo-, se despide rápidamente de Solina y de Guinom y continúa empujando cuesta abajo su viejo carro del pan, al que hace tiempo que tendrían que haber engrasado o cambiado las ruedas.

«Y, de hecho, ¿por qué no voy yo a engrasarle las ruedas del carro?», pensó Mati. «¿Qué más da lo que digan?»

«Que digan lo que quieran. Que se burlen hasta que se cansen. Maya y yo hemos visto algo que ellos no pueden ni imaginar en sueños. Y cuando volvamos del bosque, quizás ya sepamos algo que nadie del pueblo sabe. O que se cuidan mucho de saber. O que tal vez todos saben y hacen como que no, igual que el pequeño Nimi finge a propósito que ha contraído la relinchitis para ser libre.

»Si es que volvemos alguna vez del bosque sanos y salvos: qué extraño le parecía que la noche, que ya debería hacer caído hacía tiempo y haber cubierto de negro el mundo entero, se retrasase tanto. Era como si la hubiesen embrujado.

»¿Y qué pasará si Maya se ha alejado mucho?

»¿Y si se pierde?

»¿Y si los dos nos hemos enredado en la telaraña de la espesura del bosque?

»¿Y cuánto tiempo nos queda, si es que queda algo, hasta que caiga la noche?

»A lo mejor aún no han empezado a preocuparse por nosotros en casa. Pero pronto

empezarán.»

Mati permaneció así mucho tiempo, mirando hacia el pueblo desde lo alto e inmerso en sus

pensamientos y en sus fantasías; pero en realidad lo que pretendía era ahuyentar el miedo que a cada instante se iba aguzando, reptando bajo su piel y produciéndole un escalofrío que le recorría la espalda: porque Maya no volvía, y después tampoco volvía, y después de después seguía sin dar señales de vida. Estaba cada vez más enfadado con ella: «¿Dónde se habrá metido? ¿Habrá sido capaz de volver al pueblo sin mí? De hecho se merece que también yo me vaya de aquí ahora mismo y vuelva a casa enseguida, antes de que caiga la noche».

Luego, el enfado con Maya fue reemplazado por un miedo frío al murmullo de los altos árboles, al silencio y al viento. Y mientras tanto ya se empezaba a sentir en el aire el olor que anuncia el final de la tarde o el comienzo de la noche, y el viento que precede a la llegada de la noche comenzó a hablar en voz baja con las copas de los árboles del bosque. Ese viento cuchicheaba entre las agujas de los pinos y las agitaba de tal forma que por un

instante Mati, que estaba ya de pie y se disponía a echar a correr rápidamente hacia abajo, hacia casa, creyó oír de nuevo a lo lejos retazos de ladridos de perro. Por un instante, desde lo alto de la montaña, desde la espesura del bosque, también le pareció oír la voz tenue de Maya llamándolo una y otra vez desde muy lejos:

- Mati, Maaati, ven aquíii, veeen, Maaati, veeen aquíii, veeen, veeen...

Y no sabía cuál de las dos opciones era más temible: no hacer caso de la llamada, que podía ser incluso una llamada desesperada de socorro, o todo lo contrario, dirigirse con valentía hacia arriba, tras la voz, que podía ser una voz engañosa que le arrastraba a una peligrosa trampa, una voz que no llegaba de lo alto de la montaña sino del interior de su cabeza, producto del miedo y la desesperación que ya habían comenzado a nublarle la mente y a asfixiarle como un pie pesado que le aplastara el pecho.

18

Al final, Mati decidió empezar a trepar por las rocas. Los árboles del bosque se fueron haciendo más tupidos y oscuros a su alrededor, como si se apretaran unos contra otros con la intención de obstruirle el paso. Pero entre los troncos volvió a dibujarse de pronto una especie de camino, o el contorno de un pequeño sendero que empezaba a serpentear monte arriba y le conducía hacia pendientes escarpadas y hacia una negra espesura. Ese camino ascendía en un pronunciado zigzag hacia la cima de la montaña, hasta que el sol al otro lado de la línea del horizonte comenzó a colorear el cielo sobre las copas de los árboles con el tono de un gigantesco incendio y después con el del vino, y luego con el de las brasas candentes. Pronto caería sobre el cielo y la tierra un opaco manto de oscuridad.

Entonces apareció ante sus ojos un muro de piedra con una puerta hecha de gruesos troncos y, flotando sobre el muro y la puerta, una especie de nube luminosa de varios colores. De allí salían muchos sonidos extraños, sonidos altos y agudos, sonidos profundos y graves, sonidos delicados y agradables como copos de nieve, sonidos sibilantes, chirriantes, jadeantes y susurrantes, sonidos estridentes y sonidos apacibles, sonidos que Mati no había oído en toda su vida y que a pesar de todo recordaba, sabía que eran sonidos de animales. Distinguió, entre otros, mugidos tranquilos, rugidos sutiles y cánticos de coros trinando, silbando y clamando. Y entre todos esos sonidos, también oyó la voz de Maya, una voz diáfana y sonora exultante de alegría:

- Pero ¿qué te pasa?, no te quedes plantado ahí fuera, Mati, abre la puerta y pasa.

19

Mati permaneció unos instantes delante de la puerta pensando qué hacer. Tenía la extraña y vaga sensación de que ya había estado allí, incluso en más de una ocasión. De que, igual que ahora, ya había estado alguna vez delante de esa puerta. De que ya había dudado en más de una ocasión si le convenía huir o entrar. De que ya había decidido y ya había entrado y ya había visto. Y ahora, si se mostraba firme, si tenía fuerza de voluntad, tal vez recordaría en un momento todo lo que había olvidado. Tal vez recordaría incluso lo que no sabía y no había visto jamás.

Mati miró y comprobó que la puerta no estaba cerrada del todo sino entreabierta, y recordó sin recordar que así estaba la puerta también aquella vez y en las demás ocasiones. Había una pequeña ranura entre las dos hojas, y con un buen empujón tal vez podría abrirla y entrar para intentar salvar a Maya.

Pero, de hecho, tal vez fuera mucho más seguro darse la vuelta en ese mismo instante y huir. Correr con todas sus fuerzas montaña abajo, correr y no detenerse, correr y no mirar atrás, correr a casa mientras aún le quedara aliento. Correr y contárselo todo a sus padres, a la maestra Emmanuela, a Danir el tejero, a los guardas del pueblo, que se organizaran y fueran rápidamente a salvar a Maya. «Pues sin duda se trata del palacio de Nehi, el terrorífico hechicero de las montañas, y Maya está cautiva entre los muros de ese palacio, y está perdida, y tú solo no podrás salvarla, y si no huyes de aquí en este mismo instante, también tú estarás perdido. El sol ya ha empezado a ponerse al otro lado de esos muros y de las montañas boscosas, y tú, si no sales corriendo ahora mismo con todas tus fuerzas hacia abajo, hacia casa, te quedarás aquí en medio de la oscuridad, solo y con las manos vacías, ante la puerta de la fortaleza del diablo de la montaña, y jamás de los jamases volverás a casa.»

Mati se dio la vuelta y se dispuso a huir camino abajo, pero la voz de Maya le detuvo. Ella apareció entre las dos hojas de la puerta, sosteniendo delicadamente contra su pecho una masa grisácea, redondeada y extraña, y le dijo en voz baja:

- Mati, ven, no tengas miedo, ven aquí, ven a ver esto, es un milagro, ven conmigo, Mati, ven, Mati, no tengas miedo, ven a ver lo bien que se está aquí.

20

Y cuando se acercó a ella, Mati vio que tenía en sus brazos un gatito vivo: no la foto de un gatito, no un juguete ni un peluche con forma de gato, sino una criatura lanosa, viva, suave, dulce y tímida que miraba boquiabierto a Mati con dos ojos redondos. Con las orejas tendidas hacia delante con curiosidad, y la nariz y los bigotes temblando ligeramente, más que un gato parecía un gran y renombrado filósofo, un profundo

pensador completamente concentrado en la tarea de descifrar quién era ese que había llegado de repente, por qué lo había hecho y qué había traído con él. Y sobre todo, qué ocurría allí, en los mundos desconocidos que estaban al otro lado de la puerta.

Mati se asustó y retrocedió un poco, porque conocía a los gatos sólo por fotografías y le pareció que el cuerpo de aquel gato se ensanchaba un poco y se volvía a encoger, se ensanchaba de nuevo y se volvía a vaciar ligeramente, sin cesar, de una forma que a Mati le resultó extraña y un poco inquietante: jamás lo había visto, y nunca se había imaginado tampoco que todos los seres vivos respiran constantemente, inspiran hasta llenar los pulmones de aire y expiran, e inspiran de nuevo, igual que nosotros.

Pero Maya no desistió, cogió con su mano la de Mati y hundió sus dedos asustados en la suave piel del gato una y otra vez, hasta que los dedos de Mati se calmaron, y tras los dedos, se calmó también su mano, que acariciaba y era acariciada, y se calmaron sus brazos, sus hombros y todo su cuerpo. Y de repente le resultó muy agradable el contacto del pelo del gato, así como el de los dedos de Maya, que conducían su mano a lo largo del aterciopelado lomo del gato. Era como si los dedos de Maya produjeran y le enviaran unas ligeras y placenteras descargas, unas cálidas descargas que fluían desde la palma de la mano de Maya hasta el dorso de la de Mati, y a través de su mano esa agradable corriente pasaba al pelo del gato y le hacía temblar. El gato le miraba ahora con absoluta inocencia y honestidad, con unos ojos redondos llenos de sorpresa. Luego el gato cerró los ojos, y también Mati los cerró durante un instante y absorbió con las yemas de los dedos aquellas descargas que estremecían ligeramente el cuerpo del gatito, unas descargas que se produjeron porque la criatura empezó a ronronear con un sonido placentero, sordo y continuado, al tiempo que apretaba con suavidad y decisión su mejilla y su frente y se restregaba una y otra vez contra la palma de la mano que le estaba acariciando. Los ojos del gatito se abrieron y volvieron casi a cerrarse, sólo dos ranuras verdosas miraban a Mati

como diciéndole: «Así, por favor, sigue acariciándome, sí, es agradable para los dos, continúa, sí, así, por favor, no pares».

Y de pronto el gatito le guiñó los ojos a Mati. Fue un guiño rápido pero explícito, la señal de un secreto compartido sólo por ellos dos: era como si intentase insinuarle que él comprendía muy bien hasta qué punto su pelo atraía a los dedos que lo acariciaban, al igual que comprendía cómo ese roce agradable que sentía ahora la palma de la mano de Mati, que se encontraba en medio, entre el pelo del gato y los dedos de Maya, producía en él un placer ligeramente mareante, un placer que no había sentido nunca, porque las yemas de los dedos de Maya, que revoloteaban sobre su mano, y la calidez de la piel suave acariciada una y otra vez con su palma provocaban en Mati cálidos temblores.

El cuerpo de Mati se fue calmando y llenando de deleite, y al calmarse su cuerpo se calmó también su miedo: alzó la mirada y vio que sus pies estaban ya en un patio rodeado por un muro. Y también vio el jardín interior y supo que ahora estaba dentro, justo dentro de la fortaleza de Nehi, el diablo de las montañas. Pero en vez de terror y miedo, Mati experimentó sobre todo una sensación de curiosidad y de ardiente incertidumbre. Alzó la vista, miró y descubrió cómo era el jardín.

21

Era un jardín recóndito, agradable, iluminado no sólo por los últimos rayos del sol, sino también por fuertes y espléndidos haces de luz multicolor. Esos haces de luz salían por entre los árboles y las plantas, por entre los arriates floridos, de los estanques, los pequeños torrentes y los arroyos cristalinos que manaban de las grietas de las rocas y al abrigo de las escaleras.

- Estas luces -dijo Maya en voz baja- no salen de focos ocultos, como te podría parecer, y como me pareció a mí también nada más entrar aquí, sino que son grandes colonias de luciérnagas que extraen de sí mismas ese maravilloso brillo.

Por todo el jardín crecían árboles frutales y decorativos, plantas, retoños y hierba. Al pie de los árboles germinaban arriates de helechos y flores, y por encima se extendían hermosos botones de color naranja, dorado, violeta, rojo, limón, amarillo, y también celeste, bermejo, rosado, púrpura y carmesí.

Mati alzó la vista hacia las tupidas copas de los árboles y vio y oyó por primera vez en su vida a multitud de pájaros que parloteaban entre sí a voz en grito, cantaban, se interrumpían unos a otros, extendían las alas y, de pronto, se impulsaban, se elevaban y echaban a volar de rama en rama. A la orilla del arroyo e incluso en medio de las charcas permanecían tranquilamente los pelícanos, con una pata en el agua y la otra doblada, hundiendo a cada instante los picos en el agua. Una profunda y tierna paz llenaba el pecho de Mati, una paz que no recordaba haber sentido ni una sola vez en toda su vida, excepto, quizás, en un recuerdo recóndito y borroso, un recuerdo sumergido bajo todos los recuerdos, un recuerdo en el que reinaba la tranquilidad de un bebé con pañales, saciado y con los ojos cerrados, que se iba cubriendo de dulzura, que se iba durmiendo en el regazo de su madre mientras ésta le tarareaba con su cálida voz una canción de cuna.

«¿Acaso he estado aquí antes? ¿Justo después de nacer? ¿O tal vez incluso antes?»

El jardín era profundo y amplio, y se extendía hasta donde abarcaba la vista, hasta los pies

de las escaleras floridas que besaban los montes oscuros, los campos de frutales y los huertos. Aquí y allá se deslizaban pequeños arroyos que parecían un bordado de hilos de plata. Y por encima corrían, pasaban y zigzagueaban multitud de insectos y pequeños reptiles que al volar producían cientos de ruidosas cascadas de silbidos, zumbidos, zúñidos y zurridos, como si tuvieran que tender con diligencia sobre toda la extensión del jardín una tupida red de finos hilos metálicos, y todos esos delicados e invisibles hilos tendidos resonaran y zumbaran ligeramente con un canturreo enloquecido que aumentaba cada vez que pasaba una ráfaga de viento.

Serpientes extrañas, serpientes retorcidas y rápidas con multitud de patas, reptaban al pie de los arbustos, en donde grandes y perezosas lagartijas dormitaban con los ojos abiertos. Por los pastizales y los huertos vagaban y pacían tranquilamente ovejas blancas, jirafas, bisontes y gamos, y correteaban grupos de conejos. Y entre ellos, como veraneantes que pasearan tranquilamente por su lugar de descanso, deambulaban también, aquí y allá, manadas de lobos perezosos, un oso o dos, una pareja de zorros de espeso rabo y un chacal de pelo ralo que de repente se acercó a Maya y a Mati y les mostró una lengua larga y roja que parecía chorrearle por un lado de la boca, entre dos filas de dientes afilados y brillantes. El chacal empezó de pronto a restregar su cabeza afilada contra la pierna de Mati, y cada vez que lo hacía dirigía hacia ellos sus ojos marrones y tristes y los observaba con una mirada tierna, como rogándoles, rogándoles de todas las formas posibles, hasta que Maya comprendió por fin, se inclinó y le acarició la cabeza, incluso le hizo cosquillas en el cuello y debajo de las orejas, y continuó pasando la mano varias veces por su lomo, desde la cabeza hasta el rabo.

Luego, Maya y Mati pasaron entre cuatro o cinco leopardos cansados que estaban tumbados, encogidos y agazapados sobre una pendiente del prado, con las cabezas descansando sobre las patas delanteras, y mirando profunda y fijamente con sus ojos

verdes hacia la tranquilidad de la tarde. Por un instante, a Mati y a Maya esos leopardos adormilados les recordaron al viejo pescador, cuya cabeza cansada descendía y se apoyaba en su brazo y en las hojas de su cuaderno cuando, al atardecer, se sentaba solo y medio dormido junto a la mesa que estaba en la ladera de su huerto. Una especie de amarga nostalgia se apoderó por un momento de Mati, una especie de deseo repentino de sentarse en el banco de Almón y contarle todo esto, de describirle cada detalle, o mejor, de traerlo aquí arriba para que viese todo esto con sus propios ojos. Para que lo tocase con sus viejos dedos. Y traer también a Solina junto con su marido bebé. Y a Danir con sus dos compañeros que arreglan tejados. Y a Nimi. Enseñarle todo esto a todos, a todo el pueblo, a sus padres, a sus hermanas mayores, a la maestra Emmanuela, y observar atentamente sus caras cuando vieran el jardín por primera vez.

Y entonces se encaminó hacia ellos una vaca, una vaca lenta, honorable e ilustre, una vaca muy importante que estaba adornada con manchas negras y blancas. Subía fatigosamente y a paso lento. Grave y llena de autoestima pasó la vaca lentamente por entre los leopardos adormilados, y luego movió la cabeza de arriba abajo dos o tres veces como si no estuviera sorprendida en absoluto, de ninguna manera, sino que, por el contrario, todos sus cálculos hubieran sido acertados y todas sus hipótesis se hubieran cumplido con absoluta precisión, así que ahora asentía con la cabeza llena de satisfacción por su acierto y también porque estaba completamente de acuerdo consigo misma, total y absolutamente, y sin ninguna sombra de duda.

22

Mati y Maya asimilaron todas esas maravillas con los ojos muy abiertos, y no podían apartar la mirada fascinada de los cocodrilos con coraza de cuadros que estaban al borde del estanque, ni de los monos, las ardillas y los loros que saltaban y alborotaban entre las ramas de los árboles atractivos para la vista y de los árboles agradables para el paladar. Y es que el aleteo de los gorriones y el sonido gutural de las palomas impregnaban de una

especie de deleite diáfano todo el jardín, los arroyos, la hierba y las copas de los árboles, lo cubrían todo con un manto de paz profunda, cálida y amplia, una paz de otro mundo.

«¿Y por qué de repente tengo claro que ya he estado aquí? ¿Cómo es posible?»

Era tan completa, tan transparente y tranquila la calma de la tarde que iba cayendo sobre ese jardín prodigioso, que Maya y Mati no vieron a un hombre ya no muy joven ni muy alto, con la espalda un poco encorvada y la cabeza descubierta. Su cara bronceada estaba surcada por una extraña y compleja malla de arrugas, y el pelo, ya casi blanco del todo, le caía sobre los hombros. Estaba allí, apoyado tranquilamente en el tronco rugoso de un árbol. El hombre estaba solo en lo alto del jardín tomando el aire del atardecer y observándolos a los dos con una leve sonrisa, una sonrisa amarga e impaciente, como si sus pensamientos estuvieran en parte ahí y en parte en otro sitio.

Aquel hombre tenía los hombros un poco caídos, uno algo más bajo que el otro, y sus vastas manos pendían flojas a los lados del cuerpo, como después de un largo y agotador esfuerzo físico. Su cara tímida no era atractiva, más bien se mostraba recelosa y bastante turbada: como si le resultase cómodo que Mati y Maya no le vieran.

Como si se avergonzase un poco delante de ellos.

Así estaba allí ese desconocido, sin hacer el más mínimo movimiento, respirando despacio, profundamente, acompañando con la mirada los ojos fascinados de los dos niños y observando atentamente el movimiento de esos ojos curiosos que vagaban entre los parajes del jardín y se quedaban impresionados con todo lo que en él había.

La enigmática sonrisa del hombre, una sonrisa casi pícaro, empezaba alrededor de sus ojos y no en sus labios, y desde los ojos se iba extendiendo a lo largo de los canales de las arrugas e iba iluminando desde dentro todos los pliegues y surcos de su cara.

Y siguió sin moverse del sitio y sin decir una palabra.

Sólo una vena azulada, extremadamente fina y delicada, vibraba en una de sus sienes: como un prudente pececillo acurrucado bajo el agua.

Hasta que de pronto la mirada de Maya tropezó con él. Se quedó aturdida, pero se sobrepuso al instante, e inclinándose un poco, le dijo a Mati en voz baja:

- Cuidado, Mati, ahora no mires de ninguna manera hacia aquel lado, pero escucha, hay alguien allí mirándonos, a mí no me parece peligroso, sólo un poco raro.

23

- Un poco raro -el hombre repitió con una sonrisa suspicaz las palabras que Maya le había susurrado a Mati al oído-, exactamente así hablaban de mí hace muchos años, cuando aún no era más que un niño: «Es un poco raro», decían, y hacían una mueca con una mezcla de burla y repugnancia. Y a veces decían: «Mirad, ahí va el retrasado ése». Todo aquello ocurrió muchos años antes de que vosotros nacierais, cuando vuestros padres tenían vuestra edad, más o menos.

»Y yo quería ser uno de ellos: me esforzaba mucho todos los días por ser como ellos. Incluso más como ellos que todos ellos. Pero cuanto más me esforzaba más y más desprecio provocaba.

El desconocido empezó a acercarse a ellos, pero tras haber dado varios pasos, titubeó, cambió de idea y se detuvo al pie de la higuera: tal vez temía asustarles y hacerles retroceder. O tal vez le costaba acercarse. Pero al ver que los niños no huían de él, sino que se quedaban mirándole inmóviles y sólo se pegaban el uno al otro reduciendo el espacio que les separaba, bajó la mirada hacia la hierba y dijo en tono alegre:

- Qué bien que hayáis venido -y añadió-: Hay zumo de granada y agua del deshielo. Bebed. Mati murmuró:

- Cuidado, Maya. No te acerques a ese cuenco de madera. Nunca se sabe. A lo mejor es

peligroso beber eso.

Pero Maya mezcló zumo de granada con agua del deshielo en una taza de madera hueca,

bebió, se rió, se secó la boca con la mano y le dijo al hombre:

- Soy Maya. Y éste es Mati. Mati tiene miedo de que usted sea un brujo. ¿Es usted un brujo?

-y después dijo-: Mati, bebe tú también. Pruébalo. Está frío y muy bueno. Por eso no vas

a contraer la relinchitis, no temas: mira cómo ninguna de las criaturas que está aquí tiene miedo de este hombre.

Mati no dijo nada. Únicamente agarró el brazo de Maya e intentó llevarla hacia atrás. Pero Maya no tenía ninguna intención de retroceder y, con un movimiento fuerte y rápido, liberó su brazo de la mano de Mati. Y tampoco ella dijo una palabra.

De pronto, de la garganta del desconocido salieron unos sonidos graves, distorsionados, unos sonidos que no se parecían a las palabras, y al oír esos sonidos, todo un enjambre de abejas excitadas, silbantes, de color dorado y verde turquesa y con manchas celestes, fue a posarse en los hombros y la cabeza del hombre, y también en los hombros y las cabezas de Mati y de Maya.

Cuando las abejas cubrieron al hombre y a sus invitados, el desconocido siguió contándoles cómo hacía muchos años, cuando aún era pequeño, los niños de su edad se apartaban siempre de él.

- En cada clase o en cada grupo -dijo el hombre-, siempre hay uno así, no querido, alguien fuera de lo corriente que siempre se empeña en ir detrás de los demás niños, y siempre arrastra los pies varios pasos por detrás de los otros, confuso y avergonzado, pero sin hacer caso de las ofensas y las burlas, anhelando desesperadamente ser aceptado, formar parte, y para ello está dispuesto a hacer cualquier cosa, ser su criado, su escudero, está dispuesto incluso a comportarse como un loco para hacer reír, está dispuesto a prestarse voluntario para ser su bufón, y que se burlen de él todo lo que quieran, que le maltraten un poco, no le importa, él les ofrece gratuitamente todo su corazón rechazado.

»Pero el grupo sencillamente no está interesado en él. Y sin ninguna razón especial: no quieren y punto. Se acabó. Y que desaparezca de una vez de nuestra vista, lo más rápido posible. Porque él no es como nosotros y no encaja con nosotros. Que se vaya de una vez y ya está, porque nadie, absolutamente nadie le necesita aquí.

- También nosotros tenemos a uno así: Nimi. Nimi el potro -dijo Maya.

- No. Nimi es otra cosa -dijo Mati-. Nimi simplemente tiene relinchitis. Todos se apartan de él porque de verdad es peligroso acercarse a quien ha contraído la relinchitis -y se inclinó hacia Maya y le susurró-: Pronto oscurecerá, Maya, debemos intentar escapar de aquí enseguida.

- ¿Escapar? -dijo Maya-. Mira, la puerta está abierta y nadie nos retiene. Si por casualidad tienes prisa, puedes irte. Yo me quedo. Aún hay montones de cosas que ver aquí.

- Sentaos aquí, en esta piedra -dijo el hombre-. Bebed un poco más de jugo de granada, o de agua del deshielo con higos. Y no tengas miedo de la oscuridad que se acerca, Mati: la oscuridad se retrasará un poco esta noche para que nosotros podamos seguir charlando. No os asustéis de él, se ofende un poco cuando se asustan de su aspecto: este topo es muy anciano y está casi sordo, en vuestro honor se ha tomado la molestia de subir de su guarida sólo para olfatearos. Sentaos un momento en silencio y, por favor, dejad que os huela. Mirad qué asombrosamente delicadas son sus orejas y sus patas, y cómo su nariz rosada se agita en vuestro honor como los rápidos latidos de un corazón emocionado. Parece que vuestro olor le trae recuerdos de antes aún de que sus padres nacieran.

Mati miró alternativamente al viejo topo y al hombre, y de nuevo se vio asaltado por un vago recuerdo: «¿No he estado ya aquí?, ¿todo esto no me ha pasado ya antes?, ¿estuve aquí y lo he olvidado todo?, ¿y tampoco ahora recuerdo lo que ocurrió? Pero por supuesto recuerdo que he olvidado. Me parece que ese hombre de hecho está un poco solo. Tal vez tan sólo me lo parezca. A lo mejor nos está tendiendo una trampa». Pues de cerca, a Mati le pareció distinguir por un instante en la cara arrugada de ese hombre una chispa pasajera de picardía, de intriga latente, precisamente en el momento en que se rió y dijo:

- La oscuridad se retrasará un poco esta noche para que nosotros podamos seguir charlando.

¿Y qué pasará si tiene la intención de encerrarnos aquí para siempre?

Los dedos nervudos de ese hombre le parecieron de pronto a Mati obstinadas raíces que se retorcían, se hincaban y no aflojaban.

¿Y si ese brujo está tramando apresarnos para vengarse de nuestros padres y de todo el pueblo? ¿O no sólo apresarnos, sino embrujarnos y convertirnos también en animales?

- Pronto será de noche -dijo Mati-. Quiero irme a casa ahora mismo. - Pues yo no -dijo Maya-. Quiero oír más. Y también quiero ver más.

Y luego, el hombre siguió contándoles cómo, a los diez años y medio más o menos, renunció a la compañía de los niños de su edad y también de los adultos y empezó a relacionarse todo el día con gatos y perros, hasta que aprendió a entender e incluso a hablar perrés y también gatí y caballol.

Al cabo de dos o tres semanas, todo el pueblo decidió que el pobre niño había contraído la relinchitis, y todos tenían mucho cuidado de no acercarse a él. Al final, incluso sus padres se apartaron de él por lo desagradable que les resultaba: el pueblo entero los avergonzaba y ellos mismos se avergonzaban de él; y aparte de la vergüenza, sus padres también estaban muy preocupados por si sus hermanos pequeños se contagiaban.

Y así, al final, sus padres y todos los adultos le dejaron vagar solo por el bosque, libre como el viento, por el día y también por la noche.

- Iorrrrrriarr -dijo de pronto el hombre con otra voz, y al cabo de un rato, un oso marrón, peludo y grueso salió de entre los arbustos, restregó su pesada cabeza en la palma de la mano del hombre y miró a Mati y a Maya con unos húmedos ojos osunos llenos de curiosidad, amor, afabilidad, tímida modestia y cierto asombro, como si esos ojos quisieran disculparse y decir: «Perdón, no os enfadéis, simplemente no entiendo qué es todo esto, lo lamento mucho, pero no entiendo nada, perdonadme, no esperéis nada de mí, tan sólo soy un oso».

Y mientras tanto, el oso se dio la vuelta con un movimiento torpe, se tumbó sobre su ancha espalda, con las patas hacia arriba, y empezó a frotarse el pelo contra la hierba y a mascullar con una voz de bajo marrón oscuro, una voz invernal y profunda, aunque

cálida. Mati se apresuró a retroceder tres o cuatro pasos e intentó tirar del brazo de Maya, pero ella se liberó también esta vez de la mano de Mati y le reprendió:

- Ya está bien, Mati, déjame, sal corriendo hacia casa si eso es lo que quieres, nadie te retiene aquí a la fuerza. Yo tengo mucho interés en continuar haciendo amigos.

Y el hombre dijo:

- Tú eres Maya. Y tú Mati. También yo me presentaré: yo soy Nehi. Soy el diablo de las montañas. El brujo. Y éste es Shigi. No hay nada que temer de Shigi. Shigi es un oso un poco infantil, un oso que de repente empieza a bailar bajo la lluvia, o que intenta espantar a las moscas con su rabo demasiado corto, o que se esconde durante horas en la maleza del río y empieza a salpicar con una pata a todas las criaturas que pasan por allí. Shigi, deja de molestar. Estoy contando una historia.

»Con el tiempo -continuó relatando el hombre-, aprendí también palomán, grillol, ranés, cabrés, pecí y abejino. Y al cabo de unos meses, cuando desaparecí y me fui a vivir solo una vida de niño de las montañas en el bosque, me esforcé en aprender más y más idiomas de animales. No me resultó difícil, porque en las lenguas de los animales hay muchas menos palabras que en las lenguas de las personas, y sólo tienen tiempo presente, no existe pasado ni futuro, y sólo tienen verbos, sustantivos e interjecciones, nada más.

»Con los años me he dado cuenta de que hay ocasiones en que los animales también dicen mentiras para salvarse del peligro, o para vanagloriarse y causar buena impresión, o para engañar a sus presas, o para dar miedo, y algunas veces sólo para fascinar y cortejar.

Como todos nosotros.

»Las criaturas poseen incluso palabras especiales que expresan alegría, entusiasmo, asombro y placer. Incluso las criaturas que consideramos mudas, como por ejemplo las mariposas, las luciérnagas, los peces o los caracoles, tienen determinadas palabras que no se expresan mediante sonidos sino por medio de pequeñas vibraciones que llegan al otro a través de la piel, del pelo o de la capa que recubre las plumas, y no a través del oído: esas vibraciones son parecidas a las suaves ondas que produce una hoja al caer sobre un lago cuyas aguas están tranquilas y en absoluta calma.

»Algunas criaturas tienen incluso palabras que son casi como una oración: disponen de palabras especiales de agradecimiento por la luz del sol, y otras diferentes por los vientos que soplan, y por la lluvia, la tierra, la vegetación, la luz, el calor, la comida, los olores y el agua. Y también tienen palabras de nostalgia. Pero en la lengua de las criaturas no hay ninguna palabra cuyo objetivo sea humillar o burlarse. Eso no.

»Maya, Mati, si queréis -dijo el hombre mientras posaba delicadamente sus pesadas y cansadas manos en el lomo de una pequeña cabra que se había acurrucado en el seno de la piel marrón del oso Shigi-, si queréis, podemos intentar enseñaros también a vosotros poco a poco. Igual que enseñamos a Nimi, que encontró el camino hasta aquí y vino antes que vosotros: sí, Nimi el potro, Nimi el mocosito, ese de quien allí abajo todos decís que tiene relinchitis. Pero, Maya, Mati, en el fondo de vuestros corazones sabéis desde hace tiempo que no existe ninguna enfermedad así: la relinchitis solo la inventaron para que nadie se atreviera a acercarse. La inventaron para aislar. Y de hecho, vosotros dos seréis desde ahora nuestros invitados, míos y de todas las criaturas que viven conmigo aquí, en el jardín y en nuestra casa de la montaña.

»Porque vosotros os quedaréis aquí, con nosotros.

El hombre se calló un instante, luego cambió de tono y dijo en voz baja, con una determinación que no admitía negativa ni discusión:

- Ahora, venid conmigo.

Y sin esperar a ver si le seguían o no, se dio la vuelta y comenzó a andar tranquilamente hacia la casa, sin mirar atrás, al tiempo que retomaba la historia en el punto en que la había dejado y les contaba que hacía muchos años había estado enamorado de una chica de su clase, Emmanuela, pero nunca le había dicho que la quería y, por tanto, había sido un amor sin esperanzas. Y tampoco le reveló el secreto de aquel amor a ninguna otra persona, porque temía que todos, y en especial la propia Emmanuela, multiplicaran el aluvión de ofensas, el desprecio y las burlas si se enteraban de su amor secreto.

Cuando Mati y Maya entraron en la casa detrás del hombre, junto con Shigi y la pequeña cabra Sisa, se dieron cuenta de que no era un palacio en absoluto, sino una habitación grande y amplia de techos altos, una habitación cálida construida de arriba abajo con vigas de madera sin pulir y amueblada tan sólo con unos pocos muebles sencillos e imprescindibles, unos muebles hechos con troncos y ramas gruesas que aún estaban cubiertos con la áspera corteza.

Y así, una tarde de invierno, después de pedir a Maya y a Mati que se sentasen a los dos extremos de una mesa hecha con tablones, una mesa sólida y algo tosca, y después de que el oso y la cabra se acurrucasen el uno en el regazo del otro y se durmiesen debajo de la

mesa, el hombre les contó cómo una noche de lluvia y niebla huyó de su casa y también del pueblo. Al principio se ocultó en los bosques, pero luego encontró refugio aquí, en las montañas, entre los animales, donde todos le querían, le ayudaban y le cuidaban, pues también a muchos de ellos los molestaban allí abajo. A veces incluso los maltrataban.

- Así, esa misma noche de lluvia y niebla, subimos todos en una larga caravana a los bosques de la montaña -dijo el hombre-, porque los animales decidieron venir a vivir aquí conmigo. Venid, asomaos a la ventana y conoceréis el lugar donde os vais a quedar a partir de ahora: aquí crecen todo tipo de frutas deliciosas, y en ese arroyo corre agua del deshielo cristalina como los sonidos del caramillo. Y allí hay un pequeño estanque donde dentro de un momento podréis lavaros. No os avergoncéis el uno del otro. Aquí no nos da vergüenza estar desnudos: siempre estamos completamente desnudos debajo de nuestras ropas, lo que pasa es que nos han acostumbrado desde pequeños a avergonzarnos de lo que es verdadero y a enorgullecernos de lo que es falso. Y nos han acostumbrado a no alegrarnos de lo que tenemos, sino a alegrarnos única y exclusivamente de lo que poseemos nosotros y no tienen los demás. Y aún peor, nos han acostumbrado desde pequeños a mantener todo tipo de ideas venenosas que empiezan siempre por las palabras «todo el mundo...».

El hombre sonrió con tristeza y reflexionó un instante sobre eso:

- Pero aquí la única vergüenza es burlarse -y de repente siguió diciendo en otro tono, un tono más oscuro y opaco-: Y a pesar de todo a veces ocurre, me ocurre casi todas las noches, que me despierto y bajo para vengarme un poco de ellos en la oscuridad. Para matarles de miedo a todos. Para brillar de pronto como un esqueleto en los cristales de sus ventanas cuando han apagado las luces. O para hacer que crujan los suelos y tiemblen las

vigas de los tejados y que tengan pesadillas. O para despertarles, empapados en sudor frío, y que piensen que también se han contagiado de relinchitis. Y cada varios años arrastro hasta aquí a algunos niños. Como Nimi el potro. O como vosotros.

25

Maya dudó un poco antes de plantear con cuidado sus preguntas:

- Pero, en realidad, ¿por qué decidiste huir? ¿Por qué no intentaste encontrar al menos un amigo o dos? ¿O una amiga? ¿Cómo no pensaste que merecía la pena al menos intentar cambiar algo? ¿O cambiar tú? ¿Es que nunca tuviste curiosidad por saber qué era exactamente lo que te convertía en el centro de sus burlas? ¿Por qué precisamente tú? ¿Son demasiadas preguntas, no? Mi madre siempre se enfada conmigo, «¿qué haces todo el rato preguntando y preguntando?, déjalo de una vez, cada pregunta tuya añade una grieta más a las paredes de la cabaña».

El hombre no miraba a Maya ni a Mati, y tampoco respondió enseguida, sino que clavó una mirada amarga en las yemas de sus dedos, en sus grandes y oscuras uñas. A todas las preguntas de Maya, contestó con tres palabras:

- Me resultaba difícil.

Al cabo de un rato añadió:

- Yo, al igual que tú, también preguntaba sin parar. Pero todas esas preguntas sólo hacían

que la gente se burlase aún más de mí. Hasta que de tantas grietas ya no me quedó cabaña.

- Maya, ya basta -dijo Mati.

- ¿Cómo que ya basta? ¿Por qué ya basta, Mati? -le contestó Maya enfadada-. Él se

compadece tanto de sí mismo que olvida por completo que es la desgracia de todo nuestro pueblo. Incluso ahora, después de tantos años, cuando se le pregunta por qué huyó, evita dar una respuesta.

- Pero también Nimi huyó -dijo Mati-. Y los propios animales huyeron. Tú sabes cómo empiezan las mofas. Y las burlas. A veces también yo pienso en huir de ellos, de todos ellos, de la casa, de los padres, de los niños, de los adultos, de mis hermanas, de todos. Que piensen que tengo relinchitis. Huir y vivir solo en una cueva en el bosque y que nadie me diga todo el día «esto se hace», «esto no se hace», y «¿cómo no te da vergüenza?».

- Pero, Mati -le contestó Maya-, cuando tú sueñas con huir, no sueñas también con llevarte contigo todo aquello que crece. O el agua. O la luz. Y tampoco sueñas con volver por las noches para vengarte de todos.

Entonces se hizo el silencio. Hasta que Nehi les dijo:

- En realidad, vosotros dos también habéis huido. Y ahora todo el pueblo está preocupado por vuestra culpa, y vuestros padres están desesperados y completamente destrozados.

Así permanecieron sentados durante toda la tarde en casa de Nehi, el rey de los bosques. Y la tarde continuaba y continuaba como si la hubiesen embrujado, y muchas horas después aún los acariciaba la suave luz de la tarde, y después de la luz de la tarde llegó la luz del atardecer, y al cabo de un tiempo indeterminado comenzó el ocaso, y ese ocaso continuó largamente encendiendo y pintando todo el cielo con un arco de suaves tonalidades, como si ahí arriba el tiempo se hubiese suprimido. Se hubiese borrado de una vez por todas. Como ya se ha dicho, desde dentro se descubría que no se trataba en absoluto de una fortaleza, sino tan sólo de un edificio bajo y ancho construido con gruesos maderos, y rodeado por un jardín. Mati y Maya pasearon por el jardín, regresaron a la casa, comieron, bebieron, hablaron y volvieron a salir a pasar un rato con los mamíferos, las aves y los reptiles que había en el jardín. Y es que, justo después de haberles asustado, Nehi se echó a reír y, con una sonrisa, les ofreció las frutas más jugosas que jamás habían probado. Poco a poco empezaba a haber menos luz, pero la oscuridad se retrasaba. La propia tarde daba vueltas y soplabla despacio de arriate en arriate entre los caminos del jardín, era una tarde tan indecisa que no quería quedarse y no quería acabar.

No era de día ni de noche.

«Y no recuerdo, pero tampoco he olvidado por completo», pensó Mati, «que una vez estuve en un tiempo algo parecido a éste, en un tiempo que no era día ni noche, ni luz ni oscuridad, y de hecho no era un tiempo en absoluto sino todo lo contrario, era una especie de envoltura piadosa que me rodeaba y me cubría por completo. ¿En sueños? ¿Estando enfermo? ¿En el desconcierto de la fiebre alta? ¿Cuando era pequeño? ¿Cuando aún era un niño de pecho? ¿O anteriormente, antes de nacer?».

Nehi, cuando aún era el pequeño Naamán, con apenas cuatro o cinco años, se compadecía de todos los animales y se preocupaba de darles de comer, se preocupaba incluso de las moscas, de las hormigas y de los peces del río.

- Y también por eso se metían contigo en el pueblo -dijo Maya.

Maya no lo dijo en tono de pregunta, sino como si lo supiese.

- Hasta ahora no lo han olvidado -dijo Mati-, pero tampoco lo recuerdan. A lo mejor debería

existir otra palabra, una palabra especial que incluyera tanto recordar como olvidar: a veces, alguno de nuestros padres imita de repente para sus hijos los sonidos de los animales. Pero al cabo de un rato se arrepiente, se corrige y se apresura a explicar que los animales no son más que leyendas. Y enseguida se queja de que nuestra maestra Emmanuela nos confunde completamente con todos los pájaros que la pobre tiene en la cabeza.

Cuando Mati dijo que hacía falta una palabra que incluyese tanto recordar como olvidar, Maya pensó en su madre, en Lilia, que esparcía al final del día migas para unos pájaros inexistentes y arrojaba trozos de pan al río para unos peces que desaparecieron tiempo atrás. «Ahora está llegando el final del día. Y justo ahora mi madre estará sola en la ribera del río y pronto empezarán a preocuparse de verdad por nosotros. O puede que entre tanto allá abajo hayan pasado ya varios días y varias noches, varios amaneceres y varios atardeceres, y todos hayan perdido ya la esperanza de encontrarnos, y que sólo aquí el tiempo se haya detenido. Pero el río», pensó Maya, «ese río jamás se detiene, fluye día y noche, serpentea entre los patios del pueblo y corre obstinadamente hacia el valle,

burbujeando por la ladera y dejando espuma blanca en las orillas, como si estuviera huyendo de nosotros hacia abajo, hacia unos valles tranquilos, y sólo se detuviera un momento en nuestro pueblo para insultarlo».

- Deberíamos volver pronto -dijo Maya-. Estarán preocupados por nosotros. Pensarán que ha ocurrido una desgracia.

- Sólo un poco más -dijo Mati-. Sólo hasta que termine de contar su historia.

- Le pediremos a la oscuridad que se retrase un poco más -propuso el hombre-. Hace tiempo que acordamos con esta tarde que fuese una tarde lenta.

27

- Pero tú nos hiciste algo terrible al quitarnos todos los animales -dijo Maya-. Te llevaste también los animales a los que nadie había hecho daño nunca. Te llevaste incluso los queridos animales domésticos a los que les gustaba ser uno más de la familia, como, por ejemplo, el perro de Almón y la gata de Emmanuela con sus tres crías. El rapto de los animales fue en mi opinión algo más cruel que las burlas que tú tenías que soportar. Y tú, al decidir vengarte, ¿no te has parado a pensar ni por un momento de quién te estás vengando realmente? ¿De los que se burlan? ¿De los que maltratan a los animales? ¿O precisamente de Almón, de Solina, de mi madre y de Emmanuela, de quien encima nos dices que estabas enamorado?

Naamán alzó los hombros como intentando meter entre ellos el cuello y la cabeza. Como

si quisiese afearse de pronto ante los ojos de los niños. Y sus manos comenzaron a rebuscar algo, como si suplicaran que les permitiesen dejar de ser manos, que las escondiesen, que las dejaran escapar de su dueño y no volver nunca más a él. Y cuando Maya mencionó el nombre de Emmanuela, apareció de pronto en la comisura de los labios de Nehi una especie de sonrisa que parecía desgraciada al tiempo que sumisa, una mueca que reflejaba maldad y a pesar de todo imploraba un poco de afecto.

- ¿Es que no estáis bien aquí? -dijo el hombre de repente en tono ofendido-. ¿No queréis quedaros? ¿Sólo un poco más? Bueno. Marchaos. No me importa. Marchaos. No estoy solo aquí. Marchaos. Retendré la oscuridad para que no caiga sobre vosotros antes de que lleguéis a casa. Marchaos. Da igual. Marchaos. Si de verdad quisiera vengarme, podría reteneros aquí para siempre. O al menos habría podido replicar a vuestras preguntas con otras bastante difíciles. Por ejemplo, ¿por qué todos vosotros permitís que vuestros padres os hagan callar cada vez que intentáis saber lo que de verdad ocurrió antes de que nacieseis? ¿Por qué siempre les dejáis que cambien de tema y hablen de otras cosas? ¿Tal vez porque no queréis saberlo realmente? ¿Tal vez porque también a vosotros os da miedo saberlo? ¿Porque es más fácil dejarse engañar para que no recaigan sobre vuestros jóvenes hombros todos los secretos de los padres? No sólo vosotros dos sino todos los niños del pueblo. Os resulta muy cómodo que la vergüenza y la culpa de los padres permanezca en ellos y no os ensucie también a vosotros, ¿no? ¿O tal vez habéis adivinado la verdad y eso os preocupa? Porque si fuera cierto lo que habéis adivinado, de pronto, de hoy en adelante, nadie podría hostigar ni burlarse nunca más. ¿Y cómo viviríamos y cómo nos divertiríamos sin humillar de vez en cuando a alguien? ¿Sin hacer un poco de daño, sin despreciar, sin pisotear alguna vez a los demás?

- Mira, Nehi -dijo Maya-, ahora eres tú el que se está burlando. Y hasta disfrutas haciéndolo, ¿verdad?

La soledad hizo que Naamán aprendiese a hablar con los animales en su idioma. Al cabo de unos años, cuando todo el pueblo empezó a decir que tenía relinchitis, a alejarse de él y a arrojarle de lejos trozos de tejas y piedras, se buscó una cueva en las montañas donde vivía solo y se alimentaba de hongos y bayas. Sólo a veces, por las noches, esperaba a que todo el pueblo se encerrase en sus casas y entonces bajaba y deambulaba como una sombra por las callejuelas del pueblo oscuro.

Aún sigue bajando algunas veces. En la oscuridad. Baja sólo cuando todos están encerrados tras las contraventanas y los cerrojos de hierro. Baja y deambula por el pueblo porque aquí, a pesar del amor de las criaturas y de todas las maravillas de la montaña, está un poco triste.

A oscuras, en las noches sin luna, da vueltas por las callejuelas vacías. Y a veces Nimi y él vagan de puntillas y se acercan un momento a alguna casa para ver por entre las rendijas de las contraventanas a las familias que, inmersas en una profunda calma, se preparan para irse a dormir.

Porque es agradable oír a través de las cortinas el cuento que un padre le lee a su hija antes de dormir, o a una madre sentada al borde de la cama de su pequeño hijo cantándole una nana que abrasa de pronto el viejo corazón de Nehi. También le gusta oír a veces, a través de una ventana entornada, las adormecidas conversaciones nocturnas de una pareja cansada mientras se toma un té en la calidez de su habitación. O cuando se sientan a leer en el silencio de la noche, o las veces en que los habitantes de las casas se intercambian unas palabras que conmueven a Nehi y hacen que a Nimi se le salten las lágrimas, palabras sencillas como por ejemplo: «Escucha, te sienta estupendamente esa

bata de flores». O: «Por fin has arreglado las escaleras del sótano, estoy muy contenta y te lo agradezco mucho». O: «El cuento que le has contado esta noche al niño antes de dormir era delicado y hermoso, y me recuerda a mi infancia».

- Así deambulo por las noches entre los patios abandonados, durante dos o tres horas, solo, y a veces con Nimi, hasta que la última luz del pueblo se apaga en la ventana de Almón. Porque tengo envidia. Tengo envidia de todo lo que nunca he tenido y ya nunca tendré.

- Resulta que también aquí arriba a veces las cosas son bastante tristes -dijo Maya.

29

- Pero yo no me los llevé -dijo Nehi-. No a todos. Una noche, todos los animales, desde el primero hasta el último, dejaron el pueblo y subieron detrás de mí a los bosques de las montañas. Incluso los animales que amaban sus casas y dudaron mucho si quedarse o irse como Zito, el perro de Almón el pescador o Tima la gata moteada de Emmanuela con sus crías, incluso ellos decidieron al final subir y unirse a mí con los demás: no porque yo los embrujase ni porque quisiera vengarme, sino porque también entre los animales existe un miedo que vosotros conocéis muy bien, el miedo a no ser como todos, a quedarse cuando todos se marchan, o a irse cuando todos se quedan. Nadie quiere quedarse sin la manada o ser apartado del rebaño. Si te alejas un poco una vez o dos del enjambre, jamás te permitirán volver. Porque ya has contraído la relinchitis.

Al principio, Naamán se construyó una pequeña cabaña de ramas en un claro del bosque, en lo alto de la montaña, y sus amigos los animales se ocupaban de cubrir cada día sus

necesidades: las ovejas y las cabras iban a que las ordeñase, las aves le llevaban huevos, las abejas le proporcionaban miel, el río le daba agua del deshielo, las ardillas recogían para él frutos y bayas y los ratones escarbaban y le llevaban patatas. Incluso las hormigas., en largas filas, cargaban desde los campos del valle granos de trigo para que pudiese hacer pan. Los lobos y los osos le protegían. Así vivió durante muchos años apartado de las personas y rodeado del amor de las criaturas grandes y pequeñas. Las ranas acortaron su nombre y en vez de Naamán lo llamaron Nei. Mientras que con el acento de los chacales y las aves nocturnas, Nei se convirtió en Nehi.

30

Hace muchos años, en un valle recóndito, tras siete montañas y siete vegas profundas, Nehi descubrió en una de sus expediciones un arbusto que daba unos frutos blanquecinos y violetas con un sabor casi idéntico al de la carne. A los frutos de ese arbusto Nehi los llamó tolanios. Plantó semillas de tolanio por todo el bosque, las cuidó, las multiplicó y las esparció, porque se dio cuenta de que a todos los predadores les gustaba el sabor del tolanio y se lo comían con tanto apetito que ya no tenían necesidad ni deseo de devorar a criaturas más débiles que ellos. Así, poco a poco, Nehi consiguió acostumbrar al leopardo a jugar con los cabritillos, y al lobo a vigilar las ovejas e incluso a dormir entre ellas para que su suave lana calentara su cuerpo durante las noches frías. Ninguna criatura volvió a devorar a otros animales en aquellos bosques y ningún animal volvió a temer a los predadores. Pero no olvidaron por completo.

31

Y después de dar otra vuelta por el jardín, Maya y Mtati ya sabían decir algunas palabras en gorrioní y una o dos frases en gatí y en vaqués, y podían entender también alguna palabra suelta en moscañol. Nehi y todas las criaturas del jardín les suplicaron a Mati y a Maya que se quedaran con ellos al menos unas semanas.

Pero Mati cogió de la mano a Maya y dijo:

- Allí estarán preocupados por nosotros. No podemos inquietarles tanto.

Entonces también Mati recordó que en ese mismo instante, justo a la caída de la noche, se

cerraban todas las casas del pueblo, se atrancaban todas las contraventanas y se echaban dos o tres cerrojos de hierro en cada puerta: seguro que sus padres estaban muy asustados, tal vez todo el pueblo hubiera salido a buscarles con linternas, y puede que incluso hubieran desistido ya de la búsqueda y estuvieran todos encerrados, cada familia tras sus rejas y sus contraventanas de hierro.

Por tanto, Maya y Mati le pidieron a Nehi que enviara con ellos a una cierva veloz, o a un perro, para que les mostrase el camino a casa a través de la montaña. Por supuesto, los dos prometieron que jamás le contarían a nadie lo que habían visto con sus propios ojos ni lo que habían oído en el escondite del diablo de las montañas, ni revelarían ninguna de las maravillas que se les había mostrado en su jardín.

Pero Nehi volvió a sonreírles con aire pensativo, era una sonrisa modesta, una sonrisa casi tímida, incluso triste, pero también un poco pícara, una sonrisa que no comenzaba en los labios sino entre las arrugas de los ojos y que bajaba y se extendía por la red de canales de sus mejillas hasta detenerse y titubear ligeramente en las comisuras de los labios. Y después de sonreír dijo que no había ninguna necesidad de que le prometieran algo así: aunque lo contaran todo allí, aunque dieran los detalles más precisos, ¿quién iba a creerlos? Si contaban lo que habían visto, sólo provocarían risas y burlas en todo el pueblo: el castigo de los escépticos era ponerlo todo en duda, hasta dudar incluso de su propio escepticismo. Mientras que el castigo de los que sospechan era sospechar de todo

día y noche. Sospechar incluso de sí mismos y de sus propias sospechas.

- Cuando la maestra Emmanuela, o Almón el pescador, se ponen a contar historias de animales -dijo Mati-, al instante todos empiezan a burlarse. Tanto los adultos como los niños. Pero a veces algún adulto olvida por un instante las burlas, tal vez asaltado de repente por el arrepentimiento o la nostalgia, y comienza a contar algo que enseguida él mismo negará rotundamente. Siempre hay uno que empieza y el resto le hace callar. Pero el que empieza es cada vez alguien distinto. Y a veces llega un niño a clase por la mañana y les cuenta a todos que cree haber oído al amanecer, estando aún medio dormido, un gorjeo lejano, o un zumbido, o el canto de un grillo. Al instante todos le hacen callar para que no prosiga y no ponga nerviosos a los demás. Muertos de vergüenza por lo ocurrido, los padres lo niegan todo. O se decide olvidarlo para evitar sufrimientos. Pero yo creo que nadie ha olvidado realmente lo que todo el pueblo decidió olvidar.

Luego, Nehi les pidió que le contaran algo de la vida del pueblo durante las horas de luz. Porque él bajaba sólo cuando estaba oscuro. Que, por favor, le contaran cómo es la plaza de piedra las largas tardes de verano, entre la luz del día y la luz del ocaso. Cómo es la plaza cuando Danir el tejero, sus ayudantes y otros chicos y chicas van allí a hablar, a beber cerveza, a reírse y a veces también a cantar durante cerca de una hora. Y cómo está Almón el pescador.

- ¿Aún sigue discutiendo con los árboles del huerto? ¿Aún se sienta a tallar con su cuchillo figuras de animales en madera? Un día casi no pude contenerme y esperar hasta medianoche, porque de pronto me entraron unas ganas enormes de bajar a plena luz del día a su huerto y, tras quitar el espantapájaros, permanecer allí una o dos horas con los brazos en cruz, haciendo yo mismo de espantapájaros, Almón ya está casi ciego y tal vez

no apreciara la diferencia, y discutiendo con él.

»¿Y cómo son las conversaciones de las mujeres en la tienda? ¿Cómo es la reunión de las lavanderas en el meandro del río? ¿Y cómo está ahora Emmanuela? ¿Y el rincón de los bancos en la ribera del río, al que van los ancianos a las diez de la mañana a sentarse y a fumar una pipa? Si no fuera por miedo a que se levantasen y huyesen de mí despavoridos, tal vez, a pesar de todo, me acercaría una vez a ellos durante el día. Sólo una vez. Me sentaría entre ellos a hurtadillas, participaría un rato en sus discusiones sobre sus recuerdos y respiraría a pleno pulmón el aroma del humo de las pipas. Tal vez queden entre ellos algunos que aún no me hayan olvidado por completo.

- El que es recordado es objeto de burlas -dijo Maya-. El que calla, calla.

32

- Imaginaos -dijo Maya a Mati, y también a Nehi, que les acompañaba con las últimas luces por el camino serpenteante del bosque, montaña abajo, de vuelta a casa-, imaginaos lo que ocurrirá cuando un día por fin vuelvas al pueblo, Nehi, y contigo vuelvan a nosotros de pronto todos los animales que nos abandonaron hace ya muchos años y subieron contigo a la montaña. Imaginaos el sobresalto, el asombro y el golpe, pero también la profunda alegría.

- Y de nuevo anidarán gorriones y jilgueros en las ramas de los árboles -dijo Mati-, las palomas volarán alrededor de los palomares, los cuervos graznarán al amanecer, y en todos los patios del pueblo se arreglarán los viejos establos, los gallineros destartalados, las cuadras, los rediles, los cobertizos y los corrales, y los perros volverán a ladrar en los patios y en los caminos de tierra, y alrededor de las colmenas zumbarán los enjambres de abejas.

- Y el viejo Almón podrá volver a sentarse con su querido perro a la orilla del río -dijo Maya- y a charlar con los peces que regresarán al río; e incluso su viejo espantapájaros, en vez de discutir todo el día con Almón, empezará por fin a discutir con pájaros de verdad.

- Y Solina la modista podrá regalarle a su marido, Guinom, un gatito -dijo Mati-. O quizás una cabra. O una ardilla.

- Mi madre, la panadera -dijo Maya-, caminará por las calles del pueblo rodeada de una nube de pájaros y esparcirá migas para todos, y Emmanuela la saludará desde su terraza y, tal vez, si vuelves tú también, Nehi, tal vez, quién sabe...

Nehi escuchó todo eso en silencio. Una vena o una pequeña arteria azulada vibró en su sien como si allí palpitase el acelerado corazón de un pichón. Pero tras ese silencio dijo con su voz desolada, una voz baja, interior y agradable como una cocina caliente en una noche de invierno:

- ¿Y qué pasará si vuelven a burlarse? ¿O a maltratar? ¿Y qué ocurrirá cuando se vuelva a

despertar en mí de pronto el deseo de hacer daño para vengarme de todos? –y al cabo de un rato añadió–: ¿Y qué pasará si los grandes y fuertes campesinos, esos cuyos padres estudiaron en la misma clase que yo con la maestra Rafaela, la madre de la maestra Emmanuela, vuelven a pegar con palos a los perros, a azotar con fustas a los caballos, a envenenar a los gatos callejeros, a meter a los ratones en cubas con agua de las cloacas, y vuelven a salir al bosque con sus escopetas para matar ciervos, cabras y zorros, a comerciar con las pieles y a poner todo tipo de trampas a los conejos y a las ocas? ¿Y si vuelven a tender redes para pescar a los peces del río?

Cuando pasaron otros cinco o seis recodos del camino, que se iba oscureciendo bajo la penumbra de las copas de los árboles del bosque, Naamán añadió:

– Por supuesto, a las vacas las recibirán con alegría y regocijo, y a los caballos con entusiasmo, y también a las gallinas, que les proporcionan huevos, y a las cabras, las ocas, las ovejas y las palomas, y algunos de ellos seguro que vuelven a estar muy unidos a sus perros, a sus gatos y a sus jilgueros. Eso seguro. Pero ¿qué les harán a las ratas? ¿Y a los gusanos? ¿Qué les ocurrirá a las cucarachas, a los mosquitos y a las arañas? ¿Qué le ocurrirá a Nimi? ¿Y a mí?

33

Y al llegar al extremo del bosque, al lugar desde donde se veían ya las primeras casas del pueblo, Nehi les dijo:

– Ya es de noche. Y ya estarán preocupados por vosotros. Marchaos a casa y, si queréis, podéis venir de vez en cuando a nuestro escondite en las montañas, podéis quedaros con

nosotros durante unas horas, o durante un día entero o más. Y mientras tanto tened mucho cuidado de no contagiarnos también vosotros de la enfermedad del desprecio y la burla. En vez de eso, podíais intentar alejar poco a poco a vuestros amigos, o al menos a algunos de ellos, de las vejaciones. Habladles. Hablad también a los que ofenden, e incluso a los que maltratan y a los que se alegran de la desgracia ajena. Hablad a todo aquel que quiera escuchar. Intentad hablar incluso a quien se burle de vosotros, a quien os critique y desdeñe. No les hagáis caso e intentad seguir hablando sin cesar.

»Es posible que un día cambien los corazones y bajemos de la montaña, es posible que nazca en nosotros un corazón nuevo y todas las criaturas, hombres y animales, y todos los que comen carne se acostumbren a comer tolanios en vez de depredar. Entonces también nosotros, todos mis amigos y yo, así como Nimi el potro, podremos salir de la cueva del bosque, volver al pueblo y vivir hasta el fin de nuestras vidas en sus casas y sus patios, en los campos, en los pastizales y en la ribera del río, y mi sentimiento de venganza se desintegrará y caerá de mí como la piel seca de una serpiente, y trabajaremos, amaremos, pasaremos, cantaremos, tocaremos, jugaremos y charlaremos sin depredar y sin ser depredados, y también sin burlarnos los unos de los otros. Ahora, marchaos en paz. Y no olvidéis. Incluso cuando crezcáis y seáis mayores, y tal vez tengáis vuestros propios hijos, no olvidéis. Que descanséis, Maya y Mati. Buenas noches a los dos.

Cuando el bosque se oscureció y Maya y Mati bajaron cogidos de la mano y se acercaron a las luces del pueblo, Mati le dijo a Maya:

- Hay que contárselo a Almón. Hay que contárselo a Emmanuela. Hay que contárselo a Danir.

- No sólo a ellos, Mati -dijo Maya-. Debemos contárselo a todos. A mi madre. A los ancianos. A tus padres. Y no va a ser fácil.

Y Mati dijo:

- Nos van a decir que hemos contraído la relinchitis.

- También hay que encontrar a Nimi -dijo Maya-. Hay que traerlo de vuelta a casa. Y

Mati dijo:

- Mañana.

Arad, agosto de 2004

This file was created

with BookDesigner program bookdesigner@the-ebook.org

05/11/2009